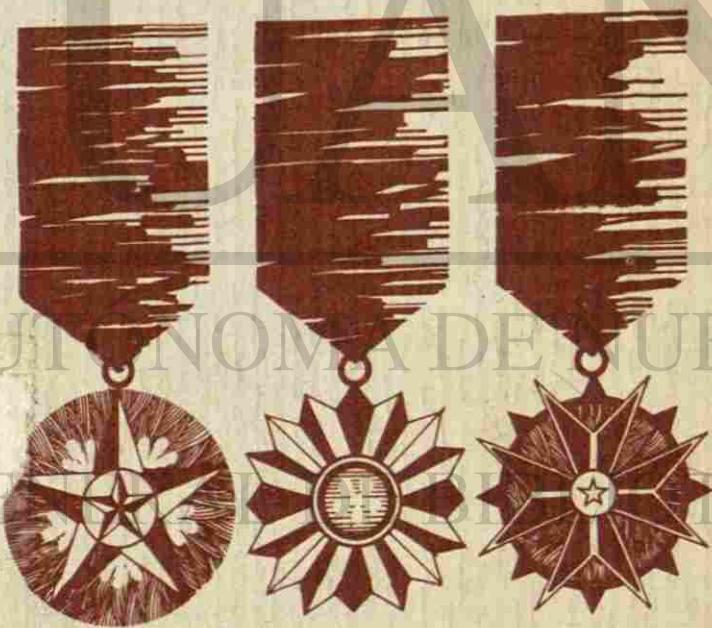


la isla de los dictadores



ramiro estrada sánchez

la isla de los dictadores

PQ7298
.15
.S8
I8
c.1

LA ISLA DE LOS DICTADORES

Es el relato de la vida política dictatorial de algunos de los doce dictadores asilados en la isla de Jeremías. En la reseña hay un encuentro con la problemática social actual de muchos pueblos tribales y en vías de desarrollo. Hay una identificación plena entre el relato imaginario y la realidad palpante.



1080050194

DONDE TERMINA LA ESPERANZA

Constituye la exposición narrativa de los problemas político-económico-sociales propios de una sociedad agrícola estructurada en base al compadrazgo, el cacicazgo y el amiguismo, con impunidad para el hurto y el asesinato, siempre en detrimento de los humildes. Es la exposición maravillosa de las carencias, de la frustración y la impotencia de los desposeídos, víctimas siempre de la voracidad y de la inmoralidad de las clases pudientes, cuyos actos son estimulados por las contradicciones de una sociedad desequilibrada.

LA MINA

En este cuento el autor describe con claridad las penalidades de los trabajadores mineros al servicio de compañías extranjeras. Asimismo, expone crudamente la lucha que se da entre los mineros y los propietarios de las minas, en donde se pone de manifiesto cómo las fuerzas gobiernistas actúan para acallar las luchas reivindicativas de los trabajadores, por más justas que éstas sean, declarándose, con su actuación, como fuerza de apoyo de las clases poseedoras.

PORTADA: JESUS CASTILLO LOPEZ

UANL

IDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



1080050194



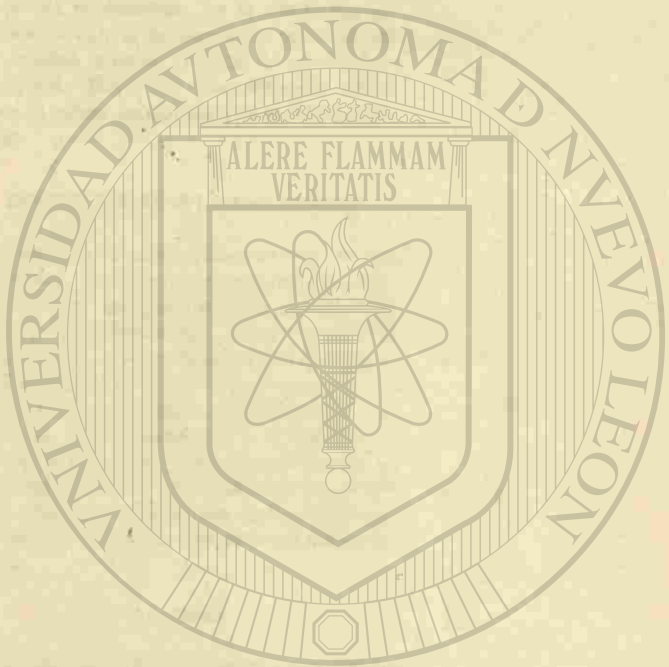
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

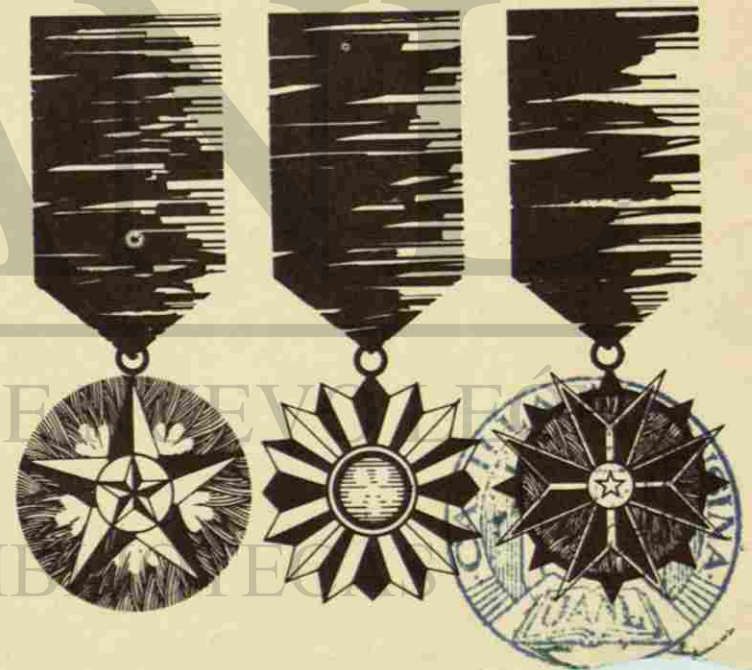
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CALLE DE LA LIBERTAD, S/N. CENTRO DE INVESTIGACIONES Y SERVICIOS
C.P. 66450 SAN NICOLÁS DE LOS RÍOS, NUEVO LEÓN, MÉXICO
TELÉFONO: (52) 81 2 51 11 11



la isla de los dictadores



ramiro estrada sánchez

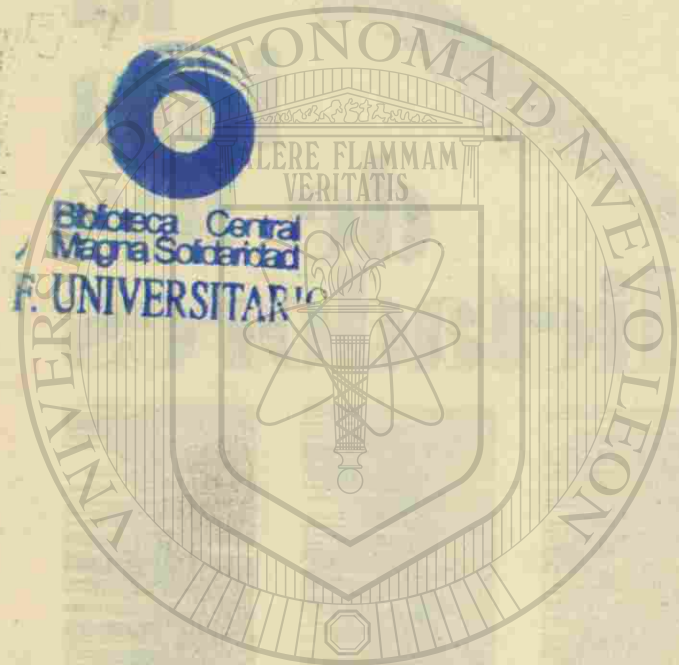
® DERECHOS RESERVADOS Por la
Facultad de Filosofía y Letras de la U.A.N.L.
Cd. Universitaria
San Nicolás de los Garza, N. L.

PQ 7298

.V5

.S8

I8



INDICE

	PAG.
Contraportada	1
Indice	3
La Isla de los Dictadores	5
Donde termina la Esperanza	49
La Mina	65
La Parábola del Pímeo	79

U A N L

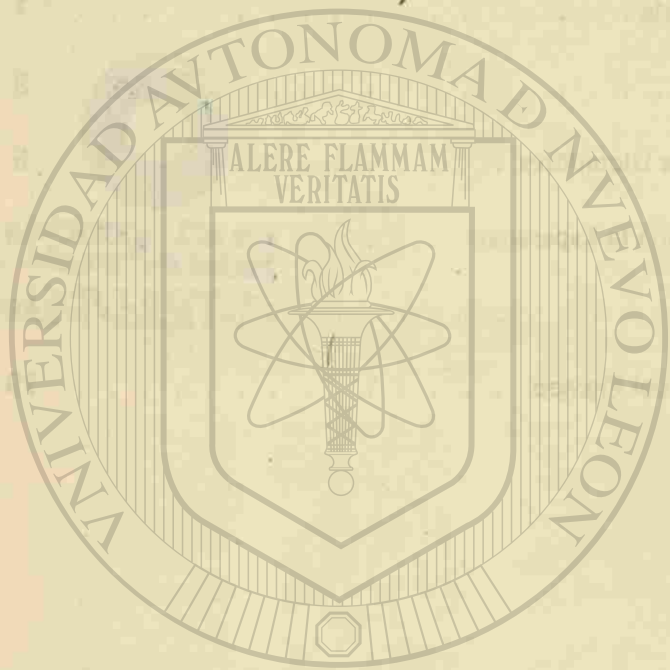
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



AGENCIAS DE SERVICIOS EDUCACIONALES

1973



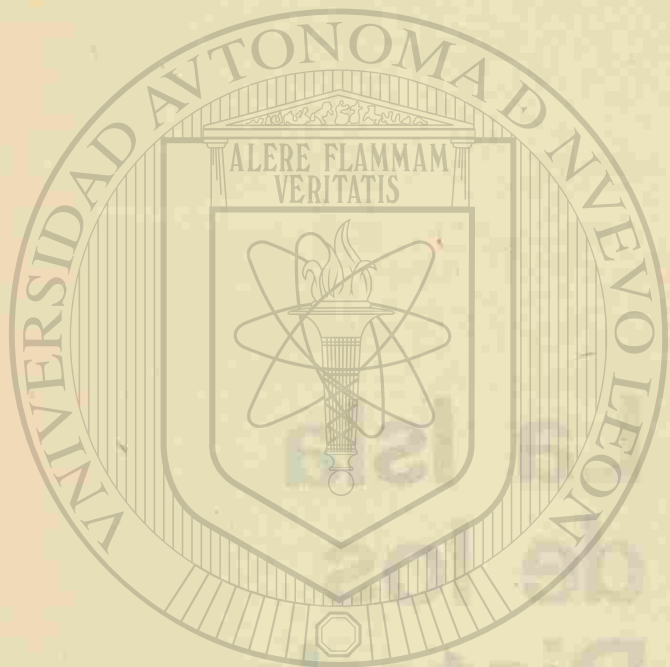
UANL

**La Isla
de los
Dictadores**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Solemne, Jeremías se colocó ante el cuadro de Hitler.

Levantó el brazo a la manera de los nazis.

Gritó fuerte:

— Jai, Jéremi.

Se sintió complacido. Después de tanto tiempo de practicar el saludo, al fin le agradaba el tono que, esta vez, había dado a su voz.

— Jai, Jéremi — repitió.

Luego, bajó el brazo. Sobre el sillón en el que acostumbraba reposar leyendo, había dejado "Mi Lucha". Se sentó a releerlo. Faltaba poco, muy poco, para aprenderlo de memoria.

Mientras su vista recorría las líneas del libro, Jeremías Cabrera

realizaba una traslación mental. El, era el Feührer. El, era Hitler. El, habría de conquistar al universo.

A poco, Cabrera se cansó de leer. Salió de la estancia. Se asomó al barandal del pasillo y desde ahí, como si en el patio de la planta baja alguien le escuchara, dijo, con ademanes repetidos a diario:

— Pueblo de mi entraña: es dada la hora de arrebatarle a la historia el triunfo al que siempre hemos aspirado, pero que hasta ahora nos ha sido imposible de conseguir. Hay que desmoronar el sopor que nos envilece, para echarnos a andar, indetenibles, hacia el encuentro con el futuro. Nada nos impedirá forjarnos el horizonte de progreso que anhelamos. Nada. Somos los únicos herederos de la civilización y del mundo. Lo sé, porque he tenido un sueño en el que se me revelaba lo que llegaremos a ser. Las naciones nos verán con admiración y respeto, y querrán imitar nuestro sistema. Porque seguiremos el principio de siempre: ni con Washington ni con Moscú. Tan sólo, con nosotros mismos . . .

— ¡Jeremías! —La mujer invadió el patio, con el rostro alzado. Junto al barandal del segundo piso, encontró la figura de Jeremías, enfundada en el uniforme de gala, relumbrante de limpio y cuajado de condecoraciones—. Desde cuándo te estoy buscando y apenas te encuentro. Ven. La comida está lista.

Jeremías se sintió atterradoramente desconsolado. Anatolia, en su ignorancia, ni cuenta se daba de la falta que cometía: interrumpir la brillante inspiración del más grande conductor de pueblos que hubiesen visto los tiempos que pasaron, los que apenas transcurren y los que luego arribarán.

— Si no bajas pronto — Anatolia seguía hablando con la fuerza que de costumbre daba a sus palabras — se va a enfriar todo. Principalmente la sopa, que es de la que te gusta. Los demás aguardan en el comedor. Sólo tú faltas. Ya te digo.

Jeremías desbarató con enfado el nudo de la corbata. Asumiendo un trágico aire de dignidad, se dirigió a la recámara y tiró chaqueta, espadín y pistola. Cerró la puerta de golpe. Bajó la escalera a grandes saltos. Con premura abandonó el suntuoso palacio en donde habitaba, para dirigirse al edificio que albergaba la cocina y el comedor centrales.

Cuando entró, doce hombres se volvieron a verle. Jeremías ni saludó. Con todavía visible enojo, tomó asiento en la cabecera de la mesa. El lugar suyo, indiscutiblemente. Ninguno, fuera de él, se atrevía a sentarse ahí. No estaba escrito. Pero todos respetaban ese acuerdo jamás hablado. No podía ser en otra forma. Jeremías fue el primer habitante del lugar. Llegó mucho antes de los que luego le acompañaron. El estrenó el horizonte. El escogió la isla. El la compró. El fue el de la idea de invitar a sus congéneres en desgracia para que, junto a él, compartieran su soledad soledad. Nada pidió a cambio, que no fuese el reconocimiento tácito a sus derechos de iniciador. En consecuencia, todos le respetaban. Los doce. Menos Anatolia.

— Sin ti, no podíamos empezar —le dijo Fabricio Núñez, el más anciano de los pobladores de la isla.

De porte soberbio y sin permitir que los años le estrujaran el esquema corporal, Núñez más parecía un noble europeo que un ex-dictador latinoamericano. La elegancia que daba a sus ademanes, el meticuloso cuidado de su figura, la galanura de su plática, la fineza de su vestimenta, el bigotillo y la cabellera cortados a la moda, hacían olvidar su humildísimo origen.

Indígena sin mezcla en la sangre, tuvo la virtud de ir transformando su fisonomía durante los cuarenta años que permaneció en el poder. Concibió una propia idealización de su imagen. Y logró hacerla realidad. El, era su mejor e indiscutible obra. En las cuatro décadas de su gobierno, ninguna otra la superó.

— Estás irreconocible —le expresaba de continuo su propia

madre, como para convencerse ella misma de que, no obstante la metamorfosis que Núñez mostraba, era el mismo hijo que había parido.

Núñez, no sólo atendió al cambio de su prestancia física. Porque con intensidad, se dedicó a compensar el tiempo que de niño no pudo dedicarle al estudio. Se compenetró de la historia del país, analizando las distintas etapas anteriores a su época. Se rodeó de gente cerebral, sin temor a que le opacasen. Más todavía: les envió de embajadores para que ya no fuesen militares y políticos indeseables los representantes de la República en el extranjero.

Fomentó el desarrollo de la más variada actividad artística. Para lograrlo, sancionaba con su presencia cuanto evento cultural de importancia se presentaba, tanto en la capital del país como en cualquiera de las provincias. Su gobierno tuvo la característica de estar enmarcado por el florecimiento de poetas, de escultores, de pintores, de músicos, de novelistas, que adquirieron un destacado prestigio internacional.

Rosario, su esposa hasta que la muerte se la hurtó, fue venero inagotable de la más fecunda inspiración. Pese a su origen lacayuno, "Rosario" era una de las novelas mejor logradas de la literatura nacional. Y su autor, Eugenio Condé, tenía el reconocimiento de los más serios y conspicuos críticos que en literatura española había. Eugenio Condé, ahora en el exilio, estaba dedicado a combatir en entrevistas, conferencias y artículos periódicos, a la revolución que había derrocado a su amantísimo protector.

La Revolución.

Con nada más que acordarse del vocablo, a Fabricio se le empañó la vista. Un dolor agobiante se le expandió por la garganta. La revolución. Maldita revuelta. Miserable ingratitud. Le echaron fuera. Le recetaron el exilio, sin consideraciones ni miramientos.

Le destriparon su exaltado egocentrismo. Pulverizaron su obra. Quemaron sus fotografías. Desgajaron sus estatuas. Borraron su nombre de calles, plazas, teatros, escuelas, paseos, edificios, monumentos, documentos. Ahora, era otro el destino nacional: otorgar a los obreros y campesinos — proclamaban aquellos revoltosos que tan ostentosamente se autodesignaban como revolucionarios — los derechos que Núñez les escamoteó.

— A lo mejor . . .

Pero no. No era cierto. Nunca el país avanzó tanto sino cuando él, como único dueño del poder, decretaba lo que debía hacerse. Claro que institucionalizó la represión criminal y despiadada, pero porque la sociedad nacional exigía paz para el progreso.

Paz. En su nombre, las cárceles y los panteones se poblaron de disidentes. Ninguno tenía derecho a discrepar, ni remotamente, de la opinión oficial. Quienes se atrevían a hacerlo, eran considerados como fermentadores de inestabilidad y subversión. De modo que Núñez, poseído por el papel de intérprete de lo que querían los representantes de "su" sociedad, aniquilaba a los inconformes. Paz, era lo que el país ameritaba. Paz a como diese lugar. Paz a cualquier costo. Y Núñez la logró.

Aún sentía el violento irrumpir de la adrenalina en sus vísceras, con el recuerdo, cada vez más diluído, de Roberto Flores Múzquiz.

Roberto surgió, de pronto, en las tribunas de los diarios. Comenzó a escribir, analizando y criticando con audacia inaudita, al régimen represivo de Núñez. ¿De qué viviría ese loco alucinado, remedo de Quijote, caricatura de caballero andante? Porque ante la admiración que con su pluma adquirió entre la gente humilde y los intelectuales progresistas, Núñez lo acosó, lo persiguió.

A hurtadillas, Roberto continuaba escribiendo con pasión

indoblegable. Fue difícil encontrar la imprenta clandestina en la que, con agobiante penuria, se elaboraba el periódico "Innovación." Cuando la hallaron, le hicieron astillas y quemaron el local.

Roberto hubo de escapar fuera del país. Lejos de la jurisdicción de Núñez. En el extranjero, "Innovación" continuó publicándose.

Con su conducta indeclinable e incorruptible y su visión superlativa de la problemática nacional, resultaba indiscutible que Roberto había sido el precursor de la rebelión. Núñez lo odiaba con cuanta fuerza le era posible. Por ello, cuando sus asesinos a sueldo le reventaron la cabeza, Núñez creyó que había vencido.

No fue así.

El eco de las palabras de Roberto, otros lo recogieron. Su nombre, se transformó en estandarte del movimiento que, del período de gestación, pasó al de los hechos. El país se estremeció. Se alzó en armas. Núñez ya no pudo contener a los sublevados. Perdió el mando. Renunció, antes de que otra cosa aconteciera.

Para nunca olvidaría la despedida que le tributaron sus leales, cuando el barco zarpó. Con él se iban, irreversiblemente, cuatro décadas que calaron hondo en la lacerada historia de una nación que formó a su capricho.

Sobre el náutico vehículo, escuchó las vibrantes notas del Himno. Un sollozo le inundó desde el fondo de su descomunal tristeza, sin que pudiera evitarlo. Entonces, sintió su pasmosa ancianidad. Los años todos, aun los que no tenía, se le acumularon pesadamente. Se quedó varado en los linderos de la historia.

— . . . que te hablo, ¿no me escuchas?

Núñez se dio cuenta de que era a él a quien le hablaban. Su pensamiento regresó a donde estaba. Los doce restantes se le quedaron viendo, como si pensarán que Núñez se había desconectado totalmente de la realidad.

— Perdona — repuso —. No te oí.

— Olvídalo — intervino Pedro Miguel Castorena, el más joven de los comensales. Cuarenta y tres años de edad. Recién llegado a la isla. También, el que menos había gozado la alucinación, el espejismo del poder en dimensión tiránica.

La República de Condeoro, apenas ensayaba el primer gobierno civilista de toda su historia. Porque, desde la independencia, los militares se enfrentaban en disputas, se destituían unos a otros, se despedazaban en conflictos cuyo único motivo era la ambición de riquezas y de mando. Condeoro se transformó en sangrante botín de camarillas autócratas, de clanes elitistas.

Agobiados por tanta irregularidad, los condeorenses insistieron hasta lograr la elección democrática de un ejecutivo nacional.

Sin experiencia, se desbordaron en las urnas. Votaban con júbilo, con verdadero entusiasmo.

Al computarse las células eleccionarias, el ingeniero Samuel Vázquez Pedroza resultó estrepitosamente triunfante. Una victoria limpia, honesta, increíble incluso para los mismos condeorenses. Pero la aristocracia castrense no se dio por vencida. Aparentando fidelidad a las instituciones, urdía el complot.

No duró mucho el balbuceo democrático. ®

Con exagerado lujo de fuerza, Castorena se apropió de las instalaciones del Palacio Nacional. Advertido a tiempo, Samuel Vázquez se refugió en el interior del país. Castorena, en tanto, se proclamaba Presidente de la República.

Condeoro se despertó ese día con asombro, renuente a creer las noticias que comenzaban a difundirse por los diversos medios de comunicación. Emeterio Sosa, dirigente de la Confederación Central de Trabajadores (C.C.T.), se opuso de inmediato a Castorena. Convocó a una huelga general de las fuerzas productivas del país. A su llamado, toda actividad se congeló. Sosa hizo el enérgico anuncio de que las banderas rojinegras no se guardarían, mientras Castorena permaneciera usurpando el poder.

Fueron tres semanas terribles.

Castorena utilizó tanques y aviones para masacrar a numerosos opositores que se congregaban en multitudinarias y permanentes manifestaciones de protesta. Los obreros nunca estuvieron solos en la lucha. El pueblo combatía junto de ellos. Encontraron sólido apoyo entre los estudiantes. La Universidad salió a la calle, inundándola con su vigoroso grito de rebeldía. Condeoro se llenó de llanto, de dolor, de luto.

Contra lo previsible, los países del mundo — incluyendo a las superpotencias — no reconocieron al régimen ilegítimo de Castorena. Por lo contrario, le rechazaron. Fueron retirando a sus embajadores y agregados diplomáticos. Castorena, entonces, se quedó suspendido en el aterrador vacío de la política internacional. Por si ello fuese poco y como un agobio más para Castorena, Samuel Vázquez reapareció en la capital de Condeoro, en una conferencia de prensa vertiginosa, relampagueante, que al difundirse hizo exaltar los de por sí embravecidos ímpetus del pueblo.

— Soy el Presidente Constitucional — afirmó Vázquez con la firmeza que le daba el saber que le asistía la razón —. Castorena es un usurpador. Un pillo uniformado que ni siquiera posee la mínima noción de cómo administrar al país. Le conozco de tiempo. Pertenece a la más tenebrosa prehistoria de la política. Es una criatura primitiva, desprovista de inteligencia y huérfana de criterio. Sé que le manejan. No merece sino el repudio

de los condeorenses bien nacidos. Por ello, convoco a mis hermanos de Patria para que nos unamos firmemente, en esta lucha que por su importancia resulta decisiva para el futuro nacional. Hay que acabar, lo más pronto posible, con este capítulo infamante y vergonzoso de nuestra historia.

A tres semanas de su absurda aventura con el país atravesando por la más completa y difícil crisis; las calles y avenidas ocupadas, de continuo, por manifestantes y disidentes que vociferaban en su contra; la guerrilla despedazando a una milicia de por sí dividida y confusa; los trabajadores, sin distingos de partidos políticos, sorprendentemente organizados y el incorruptible Sosa al frente de ellos; y una porción importante del ejército a favor de la restauración del interrumpido proceso democrático- Castorena hubo de dimitir.

Aquella noche...

Fabiana le había gritado furiosa, nerviosa, enloquecida:

— Renuncia. Vámonos. Deja este maldito infierno. No sabes cuánto me hace sufrir lo que está ocurriendo. Vámonos de aquí. Te lo suplico. Por el bien de tus hijos.

Pero cuando Fabiana se dio cuenta de que sus palabras se estrellaban contra un muro hecho de obstinación, le volvió a gritar, concluyente, por más que las lágrimas le hicieran trizas la voz:

— No quiero volver a saber de ti. Nunca.

Se fue. Le abandonó en el momento en que más la necesitaba. Se llevó a sus hijos. Nadie supo a donde.

Cuando quiso evitar que Fabiana se fuera y ya no pudo, Castorena sintió que penetraba en una dimensión de soledad que hasta entonces le había sido desconocida. Intentó ahogar su frustración en vino. Tomó en exceso, hasta el borde de la in-

toxicación alcohólica. Olvidó que su organismo no aceptaba el vino. Sin embargo, quería emborracharse para olvidar que estaba solo. Espantosamente huérfano de aquellos que, en verdad, podrían haberle brindado respaldo, apoyo, compañía. Nadie de los que él consideraba como suyos le había seguido en su aventura.

De pronto, un estallido hizo tambalear el severo edificio de la Presidencia. Sorprendido, Castorena buscó apoyo para no caer. El miedo le invadió en torrente caudaloso. Y le hizo estremecer, sin que hubiese necesidad de otro estallido. Bastó eso, para despejarle de la obnubilación que el licor le había producido. Reaccionó con brusquedad. Abrió la caja de valores. Guardó en su portafolio lo que de ahí extrajo. Fajos de dólares y numerosas cuentas bancarias en Suiza, en Inglaterra, en Estados Unidos y en Francia.

Sin que nadie lo advirtiera, subió precipitadamente a la azotea, en donde permanecía el helicóptero puesto a disposición exclusiva del Presidente. Lo abordó para manejarlo él mismo. Puso en práctica los conocimientos adquiridos en el curso especial, inspeccionando el combustible, revisando los mecanismos. Después, se elevó abrigándose en la distancia y en la oscuridad con que la noche emhoza a los forajidos.

Llegó a la frontera más próxima. Ahí se acordó de la invitación que en todos los diarios y revistas más importantes del planeta, había mandado publicar Jeremías Cabrera para que, los que como él sufrieran la incomprensión, la ingratitud, la indiferencia de sus pueblos, llegaran a encontrar refugio en la isla perdida en el confín de los continentes y en el umbral de la historia.

Desamparado, sin alguien a quien confiar la angustia de sus fracasos, Castorena alquiló un avión que le condujo hasta la isla.

La comida concluyó en silencio.

Contrario a lo que de costumbre acontecía, no hubo tema a tratar. Parecía como si todos los comensales se hubieran puesto de acuerdo para establecer la conjura del silencio.

Jeremías fue el primero en levantarse.

— Me voy — expresó a manera de despedida, aunque el tono de la voz sonaba impersonal, sin destinatario —. Agregó: — Gracias, Anatolia. Tengo que concluir algunas cosas que he dejado pendientes. Por si llegara a ofrecerse, estaré todo el día en casa. Te suplico que no vayas a molestarme ni para la cena, que ésa ya me la prepararé.

Anatolia asintió con la cabeza. Estaba demasiado cansada para hablar.

Jeremías apenas salía, cuando escuchó la voz apresurada e inconfundiblemente híbrida de Charles Poiré.

Jeremías volteó a verle. Se detuvo a esperarlo. Charles Poiré, corpulento, la piel negra brillando bajo el espléndido sol, le alcanzó con rapidez. Luego, ambos continuaron caminando.

Poiré hablaba confusamente, atropellando las palabras. Su español, pronunciado con pésimo acento, resultaba a duras penas entendible.

— Quiero pedirte un favor.

— Tú dirás — respondió Jeremías.

— Que me permitas el volumen de historia universal. El mismo que me mostraste la noche de ayer y que te pareció de mucho interés.

Jeremías sonrió, al tiempo que contestaba:

— Es tuyo. Puedes tomarlo. Sabes dónde está.

— Gracias. Al rato paso por él.

Satisfecho, Poiré se regresó, dejando que Jeremías continuara con su andanza.

Charles Poiré. General en grado inconmensurable. Soberano impar.

Educado en la Sorbona, regresó al Africa nativa, saturado de pedantería. Estaba insoportable.

Su encuentro con la grandeza napoleónica, le deshizo el débil muro que impedía, muy apenas, el desbordamiento de la locura que, peligrosa y potencial, palpitaba en sus neuronas. El día en que le llevaron a visitar la impresionante tumba del corso, sufrió una brusca convulsión y cayó desfallecido.

Cuando le levantaron, al reaccionar del desmayo, Poiré se despertó gritando con voz que no parecía la suya: "Lo he visto. Lo he visto. Bonaparte estaba frente a mí. Salio de su tumba. Me habló para designarme el continuador de una obra que a él no le dejaron concluir".

Quienes le escucharon, se dieron cuenta de que había enloquecido. Estaban en lo cierto. No había otra explicación. Poiré se transformó a partir de ese momento. Su semblante adquirió una expresión que nunca antes tuvo. Cambió radicalmente. Desde entonces, se hizo frecuente verle ensimismado en sus pensamientos. Parecía como si su locura se agravara a cada momento, de modo que cada vez le fuera más difícil regresar a su tiempo y a su espacio reales. Apartado de todos y de todo, se dedicó a leer, hasta la exageración, cuanto reseñara la epopeya napoleónica. Igualmente, exprimía cada línea, cada página de las *Memorias* del corso. Y mandó construir una estatua de mármol, que representaba a Napoleón de tamaño natural, con la que solía entablar interminables monólogos.

Regresó al Africa.

El doctorado recibido en la Universidad más prestigiada de Francia, le permitió asegurar el puesto de Primer Ministro. El, y Botuba, el primer Presidente en la historia de la nación, se dieron a la afanosa y difícil labor de llevar a Matura los adelantos de la civilización occidental, pero sin que perdiese sus características propias. Matura. "El país de los hombres que descienden de los siglos".

Evidentemente que el plan de Botuba para impulsar el progreso del país estaba bien definido. Consistía en estimular la producción económica, en incrementar la función educativa y en dar todo género de incentivos a la incipiente expresión cultural alimentándola con las nuevas corrientes del pensamiento, sin que por ello Matura diluyera su peculiar, autóctono, auténtico matiz.

Cuando Botuba, al frente del movimiento de insurgencia, logró que Matura se desvinculara de la Comunidad Británica, recibió la gratitud del pueblo que le aclamaba con desbordante espontaneidad, como el héroe que forjaba el destino y la soberanía de una patria saqueada por la voracidad de los colonizadores.

— Eres nuestro maturo — le decían, significando con la simple expresión del patronímico, la mayor admiración y respeto que se puede tener a persona alguna.

— Padre de la Patria — le nombraban otros.

Botuba, en cambio, rehuía los halagos, los homenajes, las manifestaciones de reconocimiento a su honesta y viril conducta. Le embargaba, sí, la satisfacción de haber derrotado en el fragor de las trincheras de la diplomacia a los flemáticos ingleses. Sólo que, ahora, no había oportunidad sino para entregarse al trabajo y a la conformación de la conciencia nacional.

— Debemos recuperar el tiempo que nos hizo perder el

coloniaje — aseveraba de continuo —. No tenemos por qué distraernos en lamentaciones y amarguras. Hay que ir a la reconquista de nuestras identidades y aspiraciones comunes. Falta mucho por hacer. Nos urge construir el Matura que queremos para ejemplo del mundo y legado de nuestros hijos.

En la Universidad de Cambridge, Botuba había sido el alumno más sobresaliente de su generación. Con los máximos honores académicos, recibió la licenciatura en Ciencias Económicas. Luego de su regreso a Matura, fue que dedicó sus afanes a conseguir la independencia del país. Después de que sus gestiones lograron la que era su máxima aspiración, el consenso de sus conciudadanos le elevó, sin que él lo pidiera, a la categoría de primer Presidente de la nueva República. Nadie hubo que osara discutirle tan solemne distinción.

Matura comenzó a transformarse bajo el mando firme y la lúcida inteligencia de Botuba, quien programó la racional explotación de los enormes recursos naturales y, fundamentalmente, de la inagotable riqueza minera. Matura, pues, florecía en esplendor y progreso para asombro y ejemplo de sus vecinos.

Mientras tanto, desde su cargo de Primer Ministro, Charles Poiré intrigaba a espaldas de Botuba. Poiré, además, se ufanaba en sus desplantes de superioridad racial, apoyándose para ello en una dudosa, inconfiable ascendencia francesa.

Miranga, su madre, fue una exuberante belleza de la tribu de los camabi. Nadie había visto una mujer así. De soberbia estampa. De magnífica presencia. Por lo que a nadie causó extrañeza de que Poiré, el expedicionario francés, se enamorara perdidamente de ella. Como la tradición camabi prohibía que las mujeres se mezclaran con extranjeros, Miranga y Poiré se fugaron, burlando la estricta vigilancia tribal.

A los pocos meses, Miranga regresó. Aunque abandonada por el francés, no llegaba sola. Traía en los brazos a un recién nacido.

Como su comportamiento rebelde y desbocado siempre había despertado severas críticas, nadie supo nunca si el hijo con el que regresaba era verdaderamente de monsieur Poiré.

Lo que sí resultaba obvio era la semejanza física que el niño tenía con su madre. Los mismos rasgos, idéntica fisonomía, igual negrura azulosa en la epidermis.

Contra la opinión del Consejo de Ancianos, Miranga le registró con el nombre de quien fuera el último de sus enamorados. Porque a partir de luego, repudiada por todos y en primera instancia por los de su familia, Miranga decidió marginarse en las afueras de la región camabi, dedicándose, exclusivamente, a cuidar de su vástago.

Tan pronto el pequeño Charles estuvo en edad escolar, la madre se trasladó con sus muy escasas pertenencias a la capital de Matura. Ahí, mediante un esfuerzo en verdad inaudito, empleándose en las más humildes labores, fue dándole educación al pequeño. Con el correr de los años, envejecida prematuramente por el cruel agobio de los sufrimientos, tuvo oportunidad de colocarse como sirvienta, en la casa de quien era Embajador de Francia. Después de insistentes súplicas, logró que el diplomático le tramitara una beca al joven Charles para estudiar en los prestigiados claustros de la Sorbona. Cumplida que fue su petición, Miranga pudo dormir tranquila, enferma de cansancio, sin que nadie pudiera imaginar que aquella mujer consumida y maltrecha, había sido, alguna vez, la envidia y admiración de cuantos conocieron su belleza de juventud.

Poiré, en consecuencia, llevaba en su formación el estigma de un nacimiento en circunstancias que no iban de acuerdo con las antiquísimas costumbres de los camabi, la tribu más conservadora de Matura. Ese hecho jamás se apartó de su conciencia, porque estaba enclavado en lo profundo del rencor que alimentaba contra todos los que habían destuído a su madre. Además, poseía un terrible complejo de inferioridad que trataba de disfrazar con aires de suficiencia y poses de genialidad.

Cuando Botuba, que conocía sus dotes intelectuales y su vasta preparación, le llamó a colaborar nombrándole como segundo suyo en la conducción de la República recién constituida, Poiré supo que le era dada la ocasión de aspirar a la suprema responsabilidad del país. Inescrupuloso y corrupto, a escondidas del benemérito y bien intencionado Botuba, comenzó a acumular riquezas malhabidas.

Aprovechó su privilegiada posición para favorecer a los que, iguales a su inmoralidad política, le seguían. Fue comprando con dádivas excesivamente generosas a los jefes del ejército. Hasta que su siniestra habilidad le hizo más poderoso que el Presidente.

Los días todos de su existencia, no bastarían para olvidar el 24 de marzo de aquel año en el que, con la complicidad de la casta sagrada de los generales, derrocó a Botuba. En un acto de evidente traición, aprehendió al héroe de la independencia y para aplastar el coraje que tal hecho despertó entre las tribus confederadas, desató una represión que no hizo sino desgarrar la geografía de Matura. El ejército extirpó todo brote de inconformismo, con cruento saldo de víctimas. Nada pudo hacer el pueblo para rescatar al amado Botuba, quien no duró mucho tras de rejas. Porque distorsionando las informaciones que salían al extranjero, Poiré declaró al ilustre preso traidor a la patria, acusándolo de entregar la economía de Matura a los consorcios internacionales. Con tal pretexto, el usurpador le formó cuadro de fusilamiento. Y lo aniquiló. El cadáver fue sepultado en medio del más impenetrable de los secretos, para que ninguno supiera dónde quedaban los restos del admirable creador de la libertad.

Consumada la infamia, sin el mínimo indicio de remordimiento por el crimen cometido, Poiré contrajo matrimonio con una mujer rubia de origen sueco. En el colmo de su enamoramiento, cubrió a Senta de regalos. Los mejores diamantes de las minas de Matura, eran seleccionados para que ella estuviese siempre deslumbradora y enjoyada.

Finalmente, desbocado en su afán de grandeza, en su desequilibrio megalómano, Poiré decretó el fin de la República. Se iniciaba la Monarquía. SU monarquía.

Cada día acusando mayores perturbaciones mentales, Poiré ideó hacerse coronar en medio del esplendor más absurdo que pudiera soportar un país en subdesarrollo. A Francia — siempre a Francia — mandó confeccionar los trajes imperiales. Debían ser copia fiel e inalterada de los que, para el mismo efecto, habían utilizado Josefina y Napoleón. Los maturos encarcelados por el delito de subversión — disidencia política — fueron obligados a construir el enorme solio en forma de águila real, con las alas desplegadas. Todo de oro.

Las invitaciones recorrieron el mundo de la alta política. Reyes, Jefes de Estado, Juntas de Gobierno, Presidentes, aristócratas de insospechable abolengo, las recibieron con estupefacción. No pocos respondieron al llamado de Poiré, confirmando su asistencia a la Solemne Ceremonia de Coronación.

Matura experimentó una transformación inconcebible. Bombaka, su capital, apenas podía reconocerse, envuelta como estaba en un escaparate de lujo que intentaba ocultar la lacerante miseria de sus habitantes. De las mejores cocinas europeas fueron traídos, ex-profeso, los cocineros de mayor prestigio. La vajilla se mandó fabricar con el escudo real diseñado a la usanza napoleónica, llevando las iniciales de los nuevos Emperadores enlazados por finas líneas. Era, sin discusión, un prodigio de orfebrería argentina.

La catedral se engalanó con lujurioso derroche. Una alfombra de terciopelo púrpura, cubría el pasillo central de la nave. Por negociaciones que tuvieron como condición *sine qua non*, el pago adelantado de una cantidad de dinero con abundancia de guarismos, el Papa autorizó a su Delegado para que, en nombre del Señor de la Santa Sede, coronase las testas de Poiré y de Senta.

Llegó la fecha que cambiaría el rumbo de la humanidad.

Con rigurosa disciplina, se inició la serie de eventos que configuraban la programación diseñada por Poiré. A temprana hora del día señalado, un desfile de carros antiguos recorrió las principales calles de Bombaka. Lo más selecto del universo político viajaba dentro de los espléndidos vehículos. Enmedio de vallas formadas por contingentes militares que ostentaban su uniforme de gala, los carruajes fueron deteniéndose junto a la catedral. Ante el asombro de los escasos maturos que pudieron presenciarlo, de cada carroza descendían hombres y mujeres de impecable elegancia. Luego, cada uno de ellos iba ocupando su lugar en el interior del templo.

Sin desviarse un ápice de la exactitud establecida, al término de la décima campanada, la expectación llegó al máximo nivel. En la entrada, hicieron su majestuosa aparición Senta y Charles. Senta, maravillando con su rubia belleza. Charles, ridículo como un rey de carnaval.

Los invitados se pusieron de pie. La orquesta interpretó la marcha compuesta para el evento. Con paso lento y acompasado, los soberanos llegaron a los reclinatorios. Se arrodillaron con un gesto de inocultable soberbia. La ceremonia religiosa transcurrió de acuerdo a los cánones eclesiásticos. El Delegado Papal oficiaba con la afectación de primerísimo actor.

Cuando el ceremonial litúrgico hubo concluído, llegaba el momento de proceder al acto de coronación. Con un dejo de parsimonia, el Delegado llamó a su asistente indicándole que le acercara la charola sobre la cual centelleaban las coronas. Tomó la primera, la más grande, la que correspondía al primero e inigualable Monarca de Matura. Iba a colocarla sobre la crespa cabellera, cuando en un acto repentino e inesperado Poiré se la arrebató, para colocársela por propia mano. Apenas el representante del Papa salía de su asombro, cuando Poiré se adelantó para tomar la otra corona y, con delicadeza, la depositó sobre la rubia

y abundante cabellera de su consorte. Después, ambos se levantaron y enmedio de la sorpresa de los asistentes, otra vez con el marco musical de la orquesta, abandonaron el recinto.

— Cuarenta siglos nos contemplan — susurró el soberano junto al oído de su mujer.

— No entiendo — contestó ella.

— No importa — repuso él.

El banquete fue imponente. El baile rebasó los límites de la credibilidad. Todo era absurdamente fastuoso. En lo que iba del siglo, nadie había presenciado algo así. Para su gloria imperecedera, Poiré revivía el esplendor napoleónico. Poiré redimía el lujo del medioevo. Poiré resucitaba la ostentación oriental.

En el amplio salón del palacio, los invitados que llegaban al Baile de Coronación eran solemnemente anunciados por un chambelán. Aquello parecía una estampa del Versalles de los Luises. En voz baja, hubo quienes se preguntaran cómo era posible que Matura pudiera subvencionar tan estratosféricas erogaciones.

A las once de la noche, se anunció la llegada de la pareja real. Los cónyuges, con los rostros iluminados por la más grande satisfacción, cruzaron el salón hasta llegar al trono. Desde ahí, Poiré dio la señal de que se iniciara el baile. La orquesta interpretó "Los Bosques de Viena." La fiesta habría de continuar hasta muy entrada la mañana del día siguiente.

Los cables recibidos en las agencias de información reseñaban la noticia más sensacional de cuantas hubiesen registrado los medios modernos de comunicación.

Poiré intentaba dar principio a una era. En su abismal locura, pensaba en la posibilidad de que en los calendarios del universo, se estableciera el parteaguas de la historia: antes y después de él.

Pasado el evento, idos los notables huéspedes, silenciado el ajetreo, repartidos los restos de las viandas entre la famélica población, Matura supo lo que sería su destino. La crueldad del dominio inglés no tenía punto de comparación, ni siquiera de aproximación, con el terror que estableció Poiré que, urgido de recursos para sostener su ostentoso reinado, restituyó la esclavitud. Gravó a los maturos con infinidad de tributos. Y en un acto de evidente revanchismo en contra de la tribu de su madre, como para cobrarse las afrentas y la marginación que en vida había sufrido Miranga, casi destruyó la región de los camabi. A punto estuvo de desaparecerla. Valiéndose del mínimo, deleznable motivo, mandó asesinar a los más ancianos de la tribu, es decir, a aquellos que por su edad, debieron ser contemporáneos de Miranga. Parecía que su intención fuera aniquilar, sin consideración, a los que pudieran atestiguar por propio conocimiento el ignominioso origen de Su Majestad, Charles I.

Lo hubiera logrado.

Pero en la profundidad de la selva en que se encontraban enclavados los camabi, apareció Lumasa. Le apodaban "La Pantera," porque lo parecía. Agil, feroz, elástico, inasustable. Con el ímpetu de su juventud, Lumasa lanzó el grito de la rebelión. Su lucha en contra del incipiente imperio, primero fue eminentemente localista. Sólo que su alzamiento recibió prontas adhesiones. Fue ganado adeptos de tribu en tribu, de región en región, de provincia en provincia. Hasta llegar a Bombaka.

Al escuchar la enardecida y trepidante oratoria de que hacía gala Lumasa, los maturos sentían que el pánico se les desmoronaba y readquirían el valor de otros tiempos, de años idos. El país se levantó en armas. Frente al embate de los guerrilleros, el endeble cimiento del reino se fue resquebrajando. Poiré, entre tanto, acusaba mayores síntomas de locura. Seguía empeinado en construir la segunda etapa de la gloria napoleónica. Su Imperio se extendería por el Africa. Proseguiría por Europa. Después . . . ¿quién podría detenerle?

Debido al creciente avance del movimiento encabezado por Lumasa, el Gabinete Real se encontraba confundido. Su Majestad se empeinaba en restarle importancia a la revuelta. Nadie — deducía de acuerdo con su particular lógica — tendría la audacia suficiente para enfrentársele, porque él era demasiado grande y, además, invencible.

La rebelión, sin embargo, continuaba aumentando sus fuerzas. Charles I, era el único que no quería aceptar la evidencia de los hechos, que resultaban contrarios a los intereses del imperio.

Sus sueños febriles, maniáticos, se fueron pulverizando ante la innegable realidad. Urgido de recursos, Poiré no supo qué hacer cuando Lumasa convocó a una huelga nacional. Las minas de diamantes, que eran la principal materia de exportación, dejaron de producir. Toda actividad económica se paralizó.

El déficit en el presupuesto alcanzaba proporciones catastróficas. Las deudas contraídas en el exterior, se multiplicaban sin posibilidad de contenerlas. Los países acreedores comenzaron a reclamar, sin circunloquios diplomáticos, el pago de los empréstitos. Debido a la importancia financiera de Charles I, se clausuraron los créditos para Matura. Incluso, algunos gobiernos dejaron entrever la amenaza de cobrar a la fuerza. Inglaterra, por su parte, analizaba la posibilidad de reconquistar el territorio perdido.

— ¿Qué vamos a hacer ahora? — preguntó Senta en un arranque de nerviosismo, entre lágrimas ocasionadas por el miedo y la desesperación.

— Espera — contestó el Emperador, pretendiendo tranquilizarle —. No te aflijas. No te dejes influenciar por el pesimismo de mis mal llamados colaboradores. Ellos no alcanzan a comprender que ningún mortal será capaz de destruir nuestra epopeya. Anda, vete a descansar. Déjame solo. Necesito meditar mucho. Mucho.

Obediente, Senta se retiró. Poiré quedó en su despacho, con nada más que sus soberanos pensamientos. Sobre el escritorio había dejado, después de leerlo repetidas veces, el ultimátum que le enviaba el gobierno francés: o se saldaban de inmediato los gastos contraídos con motivo de las fiestas de coronación, o Poiré tendría que atenerse a las consecuencias.

Más allá del palacio, la rebelión cundía.

Las tropas imperiales, ya sin remuneración, defeccionaban. El rey se iba quedando en un abandono total. Senta advirtió lo difícil de las circunstancias. Valiéndose de la distracción del monarca, a hurtadillas empaquetó sus alhajas y lo más valioso del vestuario. Ya en prevención, aun antes de que Lumasa apareciera en el escenario, ella había enviado a Suecia fuertes cantidades de dinero. Con sigilosa astucia, preparó la huida. Cohechando a los oficiales de la guardia real, se largó en uno de los tantos aviones que pertenecían a su enloquecido consorte. Jamás se volvió a saber de ella.

Cuando a Poiré le dijeron que la Emperatriz había abandonado Matura sin intenciones de regresar, asumió una pose de dignidad indeclinable, disfracando el dolor que la noticia le causaba.

— No importa. Incluso sin Senta, conquistaré al mundo.

El 13 de diciembre de aquel año que no quería recordar, reventó la violencia en todo, absolutamente todo el imperio. Matura erupció como un volcán que hubiese estado en permanente potencialidad de vómito. Poiré quiso, en el último intento de conservar lo que ahora sí advertía perdido, colocarse al frente de un ejército que creía fiel al imperio. Nadie le siguió. Estaba aniquilado. Su orgullo se hizo trizas.

Ocultándose en el despacho real, estremecido por las lágrimas, proyectó su fuga. Al pensar en el refugio que algún día Jeremías le ofreció, pudo recordar que Napoleón había sido

confinado a una isla. Y en un trágico desplante de querer que la historia se repitiera, antes de abandonar el país, le dijo al único sirviente que le siguió siendo fiel:

— Volveré. Me voy sin que me amargue la ingratitud de mis súbditos. Pero volveré. Para entonces, los mismos que hoy me echan, se verán precisados a recibirme con los honores que sólo corresponde hacer a los héroes de la patria. Ya verás que cuando se den cuenta de la falacia que están cometiendo, de rodillas irán a pedirme que regrese. Bien lo sé. Y a pesar de lo que hoy me hacen sufrir, que Matura no se preocupe. Yo llegaré a salvarle del caos que seguirá a mi ausencia.

Sólo que los días pasaban, interminables, sin que Poiré alcanzara a recibir el llamado de su pueblo. Habitante de la isla de Jeremías, esperaba, en vano, la llegada del correo. Ni siquiera Senta se acordaba de escribirle.

Una crisis de indignación convulsionó su debilitado cerebro, cuando de pronto escuchó por la radio las últimas novedades de Matura: Lumasa había restaurado, triunfalmente, la República. La tumba de Botuba fue descubierta, declarándose Monumento Nacional, Altar de la Patria.

A Lumasa le hicieron Presidente, en apoteósica votación. Matura se hallaba en proceso de reconstrucción. Nuevamente el espíritu de Botuba presidía las aspiraciones del "país de los hombres que descienden de los siglos". Desterrada la monarquía, nadie quería saber más de ella. Ni de Charles I.

Poiré se encendió de ira. No obstante — recapacitó — nada lograría desmoronar su sueño ni desviar el curso de su glorioso destino. Retornaría a Matura. Victorioso. Triunfante. Imprescindible. Aclamado por las multitudes, como el máximo estadista del siglo XX. Y de toda la historia...

La noche envolvió a la isla, con un manto de negrura salpicado por el chisporrotear de las estrellas.

A lo lejos, se escuchaba el rumor del océano que llegaba a dejar su impetuosidad vuelta espuma, sobre el oro muerto de la playa.

Abraham Gómez — recluido en su recámara — no podía dormir. Le resultaba imposible conciliar el sueño. Su crónico insomnio le preocupaba sobremanera. Primero, le dio por beber. La fatiga alcohólica alcanzaba a adormecerle, aunque luego despertaba con la mente nebulosa. Después, el alcohol no fue suficiente. Recurrió a los somníferos que traía el avión contratado por Jeremías para mantenerlos vinculados al resto de la humanidad. También, inicialmente, las pastillas le dieron buen resultado. Luego, ya no. Fue entonces que tomó la determinación de mezclar drogas y licor. Pero el efecto producido tuvo peores consecuencias. Constante, agudo dolor de cabeza. Estado de insufrible depresión. Ofuscación mental. Incoordinación de los movimientos. Aquello le hizo apartarse del experimento. Prefirió pasar las noches en vela. Aunque iba resintiéndose un considerable debilitamiento en su, de por sí, golpeado sistema nervioso.

Abraham Gómez. Primogénito del más rico hacendado de Venera. Hijo predilecto de sus padres, pese a Onésimo y Máximo, los dos vástagos restantes.

Abraham creció entre mimos excesivos. Orgullo del árbol genealógico de su familia. Inteligencia deslumbrante que se manifestó desde los primeros días de su existencia. A los cinco años, lector infatigable de los volúmenes que formaban la vasta biblioteca propiedad del abuelo paterno.

— Abraham es un niño prodigio — alcanzó a escuchar que decía de él su tío Antulio Gómez.

— Cierto — respondió el padre con orgullosa satisfacción —. Todos lo dicen. Heredó la lucidez del abuelo. Ya ves que al viejo se le considera el mayor intelecto que haya habido en Venera.

En la escuela, Abraham sobresalió siempre, de entre todos sus condiscípulos. Les aventajaba sin proponérselo. Acreditó los máximos honores en aprovechamiento, puntualidad, aseo, disciplina. Con igual perfección, dominaba la aritmética, la gramática, el dibujo, la historia . . . A cambio de tal proeza, sus compañeros se conjuraban para aislarle. Sus condiscípulos le rehuían, evitando hablarle o siquiera sentarse junto a él. Nadie se atrevía a ofrecerle amistad. Se acostumbró pues, a monologar.

Supo, desde entonces, las laceraciones que en el espíritu ocasionan el despecho y las calumnias. Le inventaban cosas denigrantes. En voz alta, proferían insultos y mentiras que nunca se atrevió a contestar. Cuantas veces le retaron a golpes, rechazó el reto. Su pasividad, su conformismo, le acarrearón mayor antipatía. El menor adjetivo que le endilgaban, era el de cobarde.

Por si fuera poco, Onésimo y Máximo también resintieron la virtual preferencia que por el hijo mayor mostraban los padres. De modo que, tampoco ellos procuraron su compañía. Nunca le invitaron a participar en sus juegos.

Abraham, siempre estuvo solo.

Un espantoso complejo de culpa se fue posesionando de su espíritu. No tenía a quién confiar sus inquietudes. Se creía aborrecido por todos. Incluso, pensaba que la preferencia que le dispensaban sus padres no era sino una manifestación disfrazada de lástima, de compasión, por quién sabe qué desconocidos motivos, que su mente infantil no alcanzaba a descubrir.

Así, aprendió a vivir nada más que consigo propio. Se construyó un mundo de ensueño en donde, él, era el único centro de atención. Ideó juegos con un solo participante. Acentuó su tendencia a monologar. A veces, audiblemente. Otras, en silencio.

Hasta donde le era posible, rehuía cualquier contacto con el exterior. Se encerraba en su recámara a leer, a escribir, a dibujar

extrañas figuras geométricas, a soñar despierto, a desconectarse de su triste realidad. Sus padres no le daban importancia a ese comportamiento. Pensaban que Abraham debía ser distinto, en todo, a los demás. Esperaban mucho de él. Estaban seguros de que lograría rebasar el prestigio que les había legado el abuelo.

Abraham, se volvió hipersensible. Durante sus frecuentes crisis de depresión, no dejó de pensar en el suicidio como única solución a sus problemas. Alguna vez lo intentó. Pero los medios utilizados, lo único que le produjeron fue una infección intestinal de la que tardó largo rato en recuperarse. El prolongado quebrantamiento de su salud fue un excelente motivo de escarnio para Máximo y Onésimo, quienes no desaprovechando ocasión de lastimarlo moralmente, se burlaban de su forzado confinamiento en el cuarto de hospital a donde le llevaron de urgencia.

Abraham se veía acosado por todas partes. Y un ansia infinita de comprensión y de cariño fue creciendo en él, conforme pasaba el tiempo.

El periodo más crítico de su vida, lo tuvo durante la adolescencia. Entonces se volvió increíblemente hosco e intratable, incluso para con sus padres. El rencor que le habían forzado a acumular contra el mundo, le deshizo la hiel. Nadie tuvo el grado de introversión que alcanzó a adquirir. Se hundió, irreconciliable, en su mundo de lecturas.

Un suceso inesperado le arrancó de la postración moral en que se hallaba. El lamentable accidente automovilístico en el que perecieron sus progenitores, le colocó en situación distinta. Se encontró, de pronto, huérfano y heredero casi único de la considerable fortuna de los Gómez. Sin pensarlo mucho, luego de repartir los bienes que le correspondían a Máximo y Onésimo, abandonó la hacienda para irse a la ciudad. Ahí rentó un departamento de primera, lujoso y confortable.

En la ciudad, sin embargo, y lejos de todo aquello que tan

seriamente le había afectado, no lograba romper el cerco psicológico en el que le mantenía su desmesurado pánico a los demás.

Fue al inscribirse en la Universidad que su vida tuvo un cambio que ni él mismo hubiera imaginado. Conoció a Evángela Peralta.

Evángela. Al nacer, su madre murió.

El padre le hizo crecer entre golpes y blasfemias. Con odio irrefrenable, la acusaba de ser la culpable de su viudez. La llamaba asesina.

Evángela vio cómo el padre arrimaba otra mujer al hogar. Entonces, la vida le resultó peor. La intrusa contribuyó, enormemente, a acrecentar el infierno dentro del que Evángela se debatía. Hasta que no pudo más.

Con el llanto prendido permanentemente en las pupilas, se armó de valor y abandonó la casa y la ciudad. Cuando los esposos Peralta la encontraron, parecía haber enloquecido. Estaba exhausta, carcomida por el hambre. La llevaron con ellos y luego de asearla, vestirla y proporcionarle alimentos, le hicieron dormir. Pensaban entregarla a la autoridad al siguiente día, ya que la niña hubiese recobrado la tranquilidad, porque las preguntas con que trataron de indagar la identidad de la pequeña se hicieron añicos ante el lamentable estado de ánimo de Evángela.

Aquella noche, la niña soñó en un mundo nuevo. Veía muy de cerca a los Peralta, acompañándole en el recorrido de un camino que dejaba atrás las tinieblas para penetrar en la luminosidad de una maravillosa aurora. Por primera vez en su existencia, sabía de una caricia. Por ocasión primera, escuchaba que le hablaban con ternura. Una gratitud oceánica le invadió el subconsciente. Al despertar, simplemente se sentía otra. Estimulada por el trato amable de los Peralta, entre llantos y remedos de risa, les narró la tragedia de su muy breve historia. Dio el nombre del padre, la dirección del hogar, la ciudad de la que provenía,

las vicisitudes de su fuga. Pero después de decirlo todo, suplicó al matrimonio que no la regresaran, que le permitieran quedarse con ellos. Prometió portarse bien y trabajar en cuanto le ordenasen.

Angélica y Arturo Peralta se sintieron fascinados por el encanto natural que proyectaba la pequeña. Estaban seguros de que no les mentía. Además, admiraban la fineza de sus rasgos, la beldad del rostro, las crenchas doradas, la blancura de la piel, la admirable madurez de sus palabras. Vieron la huella de los golpes en el cuerpo. Descubrieron las heridas causadas por una brutalidad absurda. Y como para llenar el vacío en que se encontraba su matrimonio estéril, decidieron quedársela.

Sin embargo, para cubrir los trámites legales, se dedicaron a comprobar lo dicho por Evángela. Investigaron dato tras dato sin descubrir la mínima falsedad. Se trasladaron a donde residía el padre de la chica y le escucharon decir que no quería saber más de Evángela. Con una táctica muy fina, recabaron de él su consentimiento y su firma. Y la adoptaron como hija propia, cubriendo los requisitos del Código Civil.

En seguida, la vida de Evángela se transformó para su bien. Los Peralta la colmaron de cariño como si quisieran hacerle olvidar el drama que había padecido. La inscribieron en un colegio particular de comprobado renombre, para que iniciara su instrucción escolar. Y Evángela demostró en el aula una inteligencia que sus maestros calificaban de sobresaliente.

Creció en belleza y en sabiduría.

Siendo una adolescente admirada por sus encantos físicos y espirituales, conoció a Abraham Gómez. Se enamoró en un acto espontáneo de apasionamiento limpio y generoso. Se sentía orgullosa de estar junto de él, de escucharle, de mirarle. Cuando el joven les fue presentado, tampoco los Peralta pudieron resistir a la imagen de formalidad y respeto que Abraham proyectaba. Consintieron en el noviazgo.

Durante la carrera profesional de ambos, el mutuo cariño que se profesaban se volvió indisoluble e insustituible. Vivían el uno para el otro, identificándose en todo. Abraham se tituló en Derecho. Evángela se graduó en Filosofía. Concluidos los quehaceres escolares, decidieron casarse. Lo hicieron con discreción. Apenas una decena de familiares y amigos atestiguaron el matrimonio. Los hermanos de él y el progenitor de ella, no quisieron asistir. Nadie lamentó sus ausencias.

Abraham, al igual que como estudiante, comenzó a destacar en el desempeño de su profesión. Activado por su indestructible inquietud, en los ratos disponibles escribía. Incursionó, con éxito, en la actividad periodística. El diario más importante del país publicaba sus artículos. Editó un Tratado de Derecho Internacional que fue adoptado como libro de texto. Por oposición, ocupó la cátedra de esa materia en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional, conquistando el reconocimiento y la simpatía de sus discípulos quienes le concedieron el título, a todas luces vivificante y merecido, de Maestro de la Juventud. Con cierta frecuencia, era solicitado para dictar conferencias en instituciones de estudios superiores y en los más connotados círculos intelectuales. Su nombre, adquirió resonancia nacional.

Un día irrumpió en el hogar con el rostro resplandeciente. Evángela se asustó. Abraham le dijo, en tanto la alzaba en vilo:

— Me han nombrado asesor de la Presidencia de la República en el área de asuntos internacionales. Traigo el nombramiento firmado por el mismísimo Presidente. Este es uno de los días más felices de mi vida y quiero compartirlo contigo.

No paró ahí. Su fama de jurisconsulto le llevó a ocupar una curul en la Cámara de Diputados. Concluido su periodo, se le postuló como candidato a Senador. Su enorme popularidad, le permitió disfrutar de un triunfo resonante, arrollador. Nombrado Jefe del Consejo Senatorial, de acuerdo con la Constitución,

adquirió automáticamente la categoría de Vicepresidente de la República.

A tan nueva edad, no podía esperar mayores realizaciones. Sólo que, tan rápido encumbramiento, le fue modificando la conducta. Dejó de ser el hombre amable y altruista, que solía preocuparse por los problemas de quienes a él se acercaban. Se le despertó una desproporcionada ambición de poder. Se volvió engreído, vanidoso, egocéntrico. Evángela no hizo sino cambiar con él. Además, ella era una mujer que atraía en torno suyo la admiración de Venera. En las ceremonias, oficiales o no, siempre sobresalía por su belleza, su elegancia, su cultura, su distinción, su personalidad. Al conversar, hacía gala de sus conocimientos y de una refinada educación. Se sentía una reina cuyos vasallos fueran todos los veneratos. Abraham incluido.

Las circunstancias políticas del país se precipitaron a favor del joven Senador, cuando al Presidente de la República — que tanto había contribuido al encumbramiento de Abraham — se le deshizo el corazón. Por tres días, Venera se declaró en duelo. Un imponente cortejo depositó el cadáver del estadista, en la Rotonda de los Héroes.

Abraham había recibido la noticia con aparente contrición. En el fondo, se alegraba. Pues que era, por ministerio de ley, el llamado a ocupar la Presidencia hasta en tanto no se completara el tiempo reglamentario para convocar a nuevas elecciones.

En medio de la sorpresa ocasionada por el súbito fallecimiento del Mandatario, la opinión pública de Venera, igualmente, se estremeció de entusiasmo. Porque Abraham Gómez personificaba, para la inmensa mayoría de sus conciudadanos, al mejor hombre, capaz de conducir por rumbos superiores el destino nacional. Era joven, preparado, carismático y cerebral.

Pero ya en el poder, Abraham no tuvo el desempeño que todos esperaban. Se volvió obstinado, como otra característica

de la soberbia que le iba enajenando. Se empeñó en administrar ateniéndose a su capacidad, sin admitir la menor sugerencia. A no ser, claro, las que provinieran de Evángela.

En un alucinado arrebato por dejar constancia de su nombre para la posteridad, inauguró una época de construcciones monumentales, faraónicas, descomunales. Sin planificación, fue cubriendo el país con obras inspiradas por mero capricho. Obras superfluas e inservibles, en detrimento de las necesidades prioritarias. A tiempo le advirtieron de los riesgos económicos a que conducían las cuantiosas erogaciones. Pero como en él se iba haciendo usual, no prestó atención.

Confiado en el espejismo de los enormes recursos naturales, de la ascendente producción de bienes y del favorable balance que el país tenía en materia de exportaciones, contrajo deudas en el extranjero cuyo monto carecía de antecedentes.

Evángela, por otra parte, se dio a la afanosa labor de mitigar su figura. Contando con el asesoramiento del tenebroso Ministro de Asuntos Presidenciales, ideó una tesis a la que designó con el rimbombante y demagógico nombre de: "Reencuentro con los desheredados". Esta consistía en distribuir, a manos llenas: despensas, ropa, favores, entre la gente humilde. Buena parte del tiempo lo dedicaba a recorrer las comunidades rurales — aun aquellas perdidas en la distancia y el olvido oficial — al frente de una caravana de vehículos atestados de obsequios, y rodeada por una caterva de aduladores bien pagados. Por añadidura, repartía dinero a raudales.

Los menesterosos comenzaron a llamarle "Madre Evangelita". Y cuando tuvo conocimiento del mote, ello le produjo una gran satisfacción, un considerable aumento en su vanidad.

Los órganos informativos habían recibido la consigna — bajo amenaza de clausura — de conceder igual importancia tanto a las actividades de Abraham cuanto a las que llevaba a cabo su ilustre, distinguida esposa. La clase acomodada, que sabía de

antemano el origen de Evángela, la llamaba con sorna y menosprecio: La Presidenta de la República de los Humildes.

A Evángela le atraía sobremanera la idea de organizar multitudinarias concentraciones de campesinos, de obreros, de desempleados. Y en esas tumultuosas manifestaciones populares, ella lucía en todo su fascinante esplendor. La voz clara, brillante, fuerte, se prestaba para pronunciar discursos que le conmovían hasta las lágrimas:

— Sufro al ver la pobreza en que viven ustedes y sus hijos. Considérenme pues, una más de entre los suyos. Trátenme como a una compañera. Jamás se detengan para pedirme ayuda. Siempre estaré dispuesta a auxiliarles en lo que sea posible. Lo mismo mi esposo, el Presidente. Nosotros sólo queremos servir al necesitado, al que padece de hambre, al que carece de lo indispensable.

La popularidad de Evángela, alcanzó proporciones que ni ella misma esperaba. Rebasó las fronteras de Venera. Se le tenía como a una de las mujeres más célebres e inteligentes del mundo. Una especie de idolatría le fue envolviendo. Religión laica en la que, la única santa, era "Madre Evangelita".

Los efectos del despilfarro no se hicieron esperar. Las finanzas se hundieron en una crisis aterrante. La moneda hubo de devaluarse en la más estrepitosa caída económica que hubieran podido imaginar los veneratos. La renuncia en masa del Gabinete, con la única excepción de intrigante Ministro de Asuntos Presidenciales, agravó las circunstancias. La nación pasaba por momentos de tempestad incontrolable. Por las calles corría el rumor de un golpe de estado.

Un soleado día de mayo, Evángela murió.

Hasta entonces supo su propio esposo que ella tenía años de ocultar el cáncer que le minaba vorazmente el organismo. Abraham vivió engañado. Creía que la palidez y la pérdida considerable de

peso que mostraba Evángela, se debían a la extenuante labor que llevaba a cabo. Pero la muerte de quien había sido su más grande respaldo, no sólo le desmoronó a él. Por si fuera poco, al saberse la infausta noticia difundida por el Ministerio de Información, el país la sufrió como una convulsión que le estremeció la entraña.

Con premura, ante la exigencia de multitudes frenéticas, histéricas, coléricas, que pedían ver, por última ocasión, a la Madre Evangelita, Abraham dispuso el inmediato sepelio. El cadáver fue sepultado en medio de un secreto que llegó a considerarse de Estado. Unicamente los más allegados a la familia presidencial supieron la ubicación del sitio en el que Evángela quedaba en reposo inalterable.

Los humildes la lloraron con impotencia y con rabia. Desfilaban por todas las ciudades, portando carteles con la fotografía de una Evángela rozagante y sonriente. Desplegaban mantas en cuyas leyendas volcaban su dolor: "Nunca te olvidaremos". "Para tus desheredados, no morirás jamás". "Podrán arrebatarnos tu cuerpo, el recuerdo no". "Regresa, compañera". "No nos abandones, Madre Evangelita". "Tu pueblo te llora". "Fuiste lo más grande para quienes te conocimos". "Gratitud eterna a Evangelita". "Aguardamos tu resurrección".

Abraham cayó en el más despiadado de todos los vacíos. Sin ella a su lado ¿qué razón tenía la existencia? Pero no. Evángela, que se fue sin despedirse, le hubiese dicho que continuara, por ambos, al frente del país. Sólo que ya era tarde. Excedido en empréstitos y en impuestos, recurrió al desesperado sistema de aumentar la emisión de moneda circulante. La inflación se desbocó. La carestía causó pánico. La fuga de capital resultó indetenible. La totalidad de las organizaciones sindicales, incluyendo las de la burocracia, se coaligaron en un movimiento de demandas salariales. Venera estaba en quiebra, en dolorosa agonía económica. La orgullosa prosperidad de otras épocas, se había derrumbado por el insondable precipicio de la bancarrota.

El golpe de estado se produjo sin derramamiento de sangre, sin costo de vidas.

A Abraham le fueron a despertar a la residencia presidencial, para notificarle que una Junta Militar había asumido la conducción del país. Y que tenía venticuatro horas para abandonar Venera, a riesgo de que, si incumplía la disposición, sería arrestado y ejecutado de inmediato.

Tan pronto se dio a conocer la noticia por el mundo, un telegrama de Franco le hizo saber al depuesto Presidente, que España estaba en la mejor disposición de brindarle asilo. Gómez declinó la oferta, con reiteradas expresiones de agradecimiento, porque ya tenía definido el lugar a donde habría de dirigirse: la isla de Jeremías.

Bien entrada la noche, la junta castrense puso a su disposición un avión del ejército. Antes de que partiera y como última concesión, se le autorizó a visitar el oculto sepulcro de Evángela. Junto a la tumba, confundido y temeroso, se despidió de la muerta ahogado en un llanto copioso. Partió luego. Desde la altura, presencié el polícromo lantejuear de las luces que engalanaban el manto de terciopelo oscuro que lucía la gran ciudad. Sin saber por qué, recordó su infancia, su niñez difícil. Como entonces, volvía a estar solo. Nuevamente.

Un aire helado le congeló la médula. La fatiga le doblegó. Y sumido en su sopor delirante, volvió a soñar en su trágica niñez.

Jeremías había escogido los lunes para reunir a sus huéspedes. Agrupaba a los doce en la sala de su residencia. Invariablemente, era él quien presidía las asambleas — extraños agrupamientos de dictadores en el exilio —. Resultaba aquello una catarsis. Era una especie de terapia grupal. Saberse juntos, fuera del acto colectivo de los alimentos, les reconfortaba, aunque en alivio momentáneo.



Permitía que algunos vomitaran sus quimeras y la ilusión que no todos confesaban, pero que todos abrigaban, de retornar triunfantes a sus lugares de origen.

Fue en una de esas singulares reuniones, estando a punto de iniciar los trabajos, que la imponderable Anatolia penetró al recinto, gritando su angustia:

— ¡El señor Garfias se está muriendo!

Un silencio profundo invadió la isla.

Jeremías fue el único que habló.

— Se pospone la sesión. Vayamos con Julián.

En procesión callada, afligida, se dirigieron a la residencia de Garfias. Cuando penetraron, Carlos Macera, único médico de entre ellos, se adelantó al lecho en donde reposaba el enfermo. Su movimiento de cabeza, el pesimismo que le oscureció el rostro luego de que hubo auscultado a Julián, les dio a entender que nada podía hacerse. Ciertamente, Garfias agonizaba.

Con voz apagada, casi un murmullo a punto de extinguirse, el moribundo llamó a Jeremías:

— Voy a morir — expresó apenas con un rastro de aliento —. Pero antes, te pido de favor que no me entierres. Quema mi cadáver. Esparce las cenizas en el mar. Quizá las aguas lleven alguna partícula de mis restos hasta las playas de mi querida, inolvidable, Guayacán...

Guayacán. Maravilla del Caribe. Isla de paisajes que ningún hombre se hubiera atrevido a describir con fidelidad. Horizonte sembrado de palmeras esbeltas y cimbreantes. Playas descritas en los catálogos turísticos como estampas del paraíso. Guayacán. Cielo de intensidad azul, continuamente surcado por aves que

agrupan en su plumaje las posibilidades todas del color. Guayacán. Edén inviolado, hasta que llegaron los españoles a posesionarse de la isla, con la fuerza brutal del conquistador que irrumpe y roba, hambriento de riquezas. Guayacán. Inspiración inagotable de los artistas del universo. Flor flotando sobre la azul inmensidad del agua. Lugar donde la primera aurora que en el mundo hubo derramó su luz de oro y plata.

Hacia mediados del siglo XVI, los ibéricos desembarcaron en Guayacán su cargamento de esclavos negros, con el propósito de distribuirlos luego por sobre los territorios dominados del continente americano. Negros de Africa. Arrancados violentamente de sus primitivas comunidades. Despojados de cualquier derecho, tratados como objetos, como seres infrahumanos. Africanos que, pese a la distancia y a la crueldad a que fueron sometidos, nunca perdieron por completo el recuerdo nostálgico de sus tierras salvajes y misteriosas.

Al fundirse guayacanos, españoles y negros, se produjo una mezcla racial contradictoria y confusa. El noventa por ciento de la población tenía los rasgos de sus ancestros. El diez por ciento restante, o eran blancos, o estaban marcados por el estigma del mestizaje.

Desde la conquista española, Guayacán — su gente — se hundió en la más absoluta miseria. Pero luego de consumada su independencia, ningún país de América fue tan pobre como la Flor de las Antillas. Tampoco, nación alguna del continente la superaba en analfabetismo, insalubridad y mortandad. Otrosí: el idioma que hablaban los nativos, era una mezcla inextricable de guayacano, español y dialectos africanos. De modo que nada más entre ellos se entendían. Y a veces no.

En 1898, Guayacán logró desligarse del dominio peninsular. A la zaga de los pueblos americanos, intentó ejercer su soberanía y consolidarse como nación libre e independiente. Jamás pudo lograrlo. En ninguna parte hubo tantas revueltas como ahí. La con-

tabilidad de sus Presidentes era interminable. Hubo Presidentes por meses, por semanas, por días, por horas, por instantes, por fracciones de segundo.

Así hubiese continuado, de no ser por Julián Garfias. Llegó al cargo de Primer Mandatario, merced a una farsa electoral preparada por un grupo de oligarcas tan inescrupulosos como él. Garfias, al fin, lograba la culminación de sus aspiraciones políticas: gobernar a la isla.

Detrás de él y de su cómplices, estaba el respaldo de importantes consorcios financieros norteamericanos que se habían propuesto adueñarse de Guayacán. Con el nuevo Mandatario no encontraron obstáculo. Garfias vendió a Guayacán como si hubiese sido de su propiedad personal. La transformó en uno de los más importantes centros turísticos del planeta, otorgando concesiones de por vida a los inversionistas que le habían ayudado a conquistar el poder.

Antonio Manjarrez, Secretario General del Partido Independiente, advirtió lo que sucedía:

— Pronto, la isla será, en caso de que no lo evitemos, una estrella más en la infamante bandera del Imperio.

Manjarrez era un luchador ineludible. La honestidad que le caracterizaba, le tenía ganado el respeto de sus conciudadanos. Ubicado en la más firme posición ideológica, había sufrido por experiencia propia, encarcelamientos, persecuciones y torturas. Pero a cada golpe, se erguía encastado. Su voz, su pluma — su pensamiento — eran la pesadilla de los tiranos. Por ello actuaba en la clandestinidad. Hasta que, sin poder desbaratar el prestigio que a cada vez iba ganando, a los truhanes gubernamentales no les quedó otro camino que reconocer, oficialmente, el Partido que Manjarrez había fundado.

— Garfias es un traidor a la Patria — concluía Manjarrez.

— Manjarrez está loco — expresaba Garfias —. Es un anarquista frustrado y lleno de amargura. Pretende ignorar que requerimos de inversión extranjera para activar la economía nacional. El turismo origina un enorme ingreso de divisas que nos permite equilibrar la balanza de pagos. Además, ¿quién ignora el prestigio, la fama de que goza nuestro país? ¿No acaso las agencias internacionales de turismo califican a Guayacán como "la isla más hermosa de la galaxia"? En resumidas cuentas, el esfuerzo que mi administración despliega para impulsar el progreso de la patria, no tiene sino la intención de crear suficientes fuentes de ocupación y de alcanzar la prosperidad a que todos aspiramos.

— Miente el infame — contestaba Manjarrez —. Que diga a quiénes beneficia la industria turística y cuánto le queda a él de ganancias. En cambio, a nosotros, ¿qué nos deja? Guías mal pagados, sin derecho a la sindicalización y opuestos al maltrato de sus patrones norteamericanos. Artesanos que, por hambre, venden sus productos a precios irrisorios. Niñas protituidas, que se ofrecen por un puñado de dólares al extranjero que nos visita en busca del paraíso sensual prometido por la publicidad. Que responda el forajido presidencial, a quiénes pertenecen las industrias "nacionales" de que tanto se ufana, y quiénes son los prestanombres — incluídos él y su familia — que se ofrecen en subasta para fortalecer la dependencia que nos liga con Norteamérica. Que declare el malhechor, a cuánto asciende su fortuna personal.

Garfias no soportó mucho el asedio de Manjarrez. Le mandó capturar y le confinó a una celda en el interior de la Ciudad Militar. Cuando le fueron a avisar que sus órdenes habían sido cabalmente cumplidas, Garfias acudió a la celda de Manjarrez.

— Te ofrezco la gracia de dejarte en libertad — le dijo — si públicamente te retractas de lo que has declarado en contra mía.

— Ni ahora ni nunca. Prefiero morir, antes que enlodarme en el charco de tu ignominia.

— Imbécil.

Garfias hizo conducir al prisionero hasta la sala de torturas. Y de propia mano magulló el cuerpo de aquél que tan acremente le había combatido. Manjarrez murió. Ya sin el estorbo del líder y para evitar cualquier reacción de los seguidores de aquél, Garfias desató sobre la isla el vendaval de todos los terrores.

Los invasores financieros, sin pérdida de tiempo, se dedicaban a comprar lo que fuera vendible. De modo que Guayacán perdió hasta el último vestigio de su remedo de libertad. Garfias le había vendido, en un acto de gratitud, a sus aliados imperiales.

De ascendencia africana, como la mayoría de sus compatriotas, Garfias creció bajo el cuidado de una nodriza que pronto le inició en los misterios del Guayí, el rito de "los hermanos de la oscuridad". De mentalidad propensa a lo mágico, Garfias dedicó buena parte de su juventud al estudio del Guayí. Luego, convertido en el hombre más poderoso de Guayacán, recibió los máximos honores que la secta podía otorgar a persona alguna: Sacerdote Supremo. Representante de la divinidad. Señor de la oscuridad y de la luz. Mago que regula el nacimiento, la vida y la extinción de los astros. El que da la salud o la muerte. El que conoce el misterio de los siglos. El que sabe lo que ha de venir, porque sabe lo que fue.

El Guayí se oficializó, adoptándose como religión estatal. Su práctica estaba tan generalizada, que de ninguna manera podía considerarse privativa de la clase humilde. Aunque pareciera inaudito, lo cierto era que tanto los privilegiados por la fortuna como los cultos y letrados, ejecutaban y eran fieles seguidores de sus ritos. Una especie de guerra santa se desató contra aquéllos que se resistían a aceptar el nuevo credo. Garfias aparentemente reprobaba la persecución religiosa, aunque en el fondo la solapaba. No sólo ello:

también se complacía en fomentarla mediante cuantiosas aportaciones. Le era útil, puesto que le servía para camuflagear la matanza de sus enemigos.

En el mediodía de su existencia, Garfias tuvo un hijo que, por asombrosa coincidencia, nació el 13 de noviembre, el día que el Guayí consideraba el mayormente sagrado. El advenimiento, pues, se celebró como un regalo de los dioses, como un prodigio incalificable. Al recién nacido, Garfias le puso por nombre el de Guayité. Y por decreto, dispuso que al morir él, su hijo no sólo le sucediera sino que, también fuese consagrado Rey y Pontífice. Pero ante todo, Dios encarnado.

Para desconsuelo del tirano, Guayité murió a los siete años y Garfias se hundió en una tristeza tal, que olvidó hasta ocuparse de los quehaceres políticos.

Entonces el recuerdo de los crímenes cometidos se le agolpó en la conciencia. Aun en sueños veía a su hijo muerto, y un charco de sangre que lo circundaba hasta cubrir totalmente el pequeño cadáver. En su desolación, Garfias se autodeclaró culpable del fallecimiento de Guayité, pues pensaba que era un castigo a sus infamias.

Se arrepintió de cuanto había hecho. Y pasaba los días llorando y orando, de modo que ni siquiera advirtió el movimiento que se gestaba para desplazarle. Y cuando al fin se dio cuenta de lo que sucedía, ya el océano empujaba su nave rumbo a las costas apacibles y serenas de la isla de Jeremías.

Garfias, ahora, agonizaba atormentado por los recuerdos. Lejos de Guayacán.

Luego de que exhaló el último suspiro, Jeremías dispuso que la cremación se hiciera al siguiente día. A pleno sol.

Durante la noche, Jeremías se inyectó una dosis de heroína, mayor que la acostumbrada. De pronto, una luz cegadora se ex-

pandió frente a su vista. Escuchaba el palpitar de las estrellas muy cerca de un oído. Veía a la luna como la sonrisa plateada de la noche. Oía el canto de las sirenas que le llamaban desde la playa.

El cerebro le estalló. Su esquema nervioso sufrió una convulsión terrible, como nunca antes había experimentado. Entonces, comenzó a delirar. Le pareció estar en el campo de batalla, entre el estruendo de las bombas. Los soldados pasaban cerca de él, saludándole con emoción:

— Jai, Hitler.

Una convulsión le hizo reaccionar: ¿qué hacía él ahí, fuera de aquella casa? Se acercó a la ventana más próxima. Adentro, sus once huéspedes velaban a Garfias. Anatolia les servía alcohol y café. Jeremías—Hitler, creyó que eran sus generales que conspiraban, otra vez, contra de él.

Oyó que uno de los de dentro, decía:

— Mañana hay que quemarlo y echar las cenizas al mar.

Jeremías—Hitler hirvió en rabia. Silenciosamente se dirigió al depósito de combustible y fue rociando la casa de Garfias con cuanto gasolina encontró.

— Ya verán — se decía a sí solo —. Me les adelantaré.

Se movía sigiloso, cual ladrón que hurta casi en presencia de la víctima.

— Con fuego, desbarataré esa nueva conjura — murmuraba mientras iba arrimando lo que encontraba a la mano y que le pareciera de fácil combustión.

Adentro, los demás comentaban el deceso. Anatolia se preguntó a qué horas llegaría Jeremías.

Jeremías—Hitler, restregó el cerillo. Lo arrojó cuidando que no se apagara. Las llamas se elevaron como relámpagos invertidos. Un cerco de fuego rodeó rápidamente el edificio. Se oía el crepitar de las cosas, mezclándose con gritos de dolor indescriptible.

Después de que empezaron los quejidos, Jeremías—Hitler empezó a reír. Una carcajada brutal dobló su configuración corporal. Ante él, la hoguera crecía queriendo lamer el espacio. Jeremías se desbarataba en su carcajada incontrolable. Las llamas lo envolvieron todo. Dentro, cesaron los ayes. Afuera, Jeremías, envuelto en las sombras de una noche sin fin, lloraba por el esfuerzo que le producía su estentórea, grotesca risotada.

Enloquecido, dando la impresión de que alguien le llamaba, caminó hasta adentrarse en la entraña del incendio. El fuego le recibió para consumirlo. El eco de la carcajada se perdió en el murmullo de la playa.

La isla, era un enorme chispazo flotando sobre la mar.

**Donde Termina
la Esperanza...**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Jeremías—Hitler, restregó el cerillo. Lo arrojó cuidando que no se apagara. Las llamas se elevaron como relámpagos invertidos. Un cerco de fuego rodeó rápidamente el edificio. Se oía el crepitar de las cosas, mezclándose con gritos de dolor indescriptible.

Después de que empezaron los quejidos, Jeremías—Hitler empezó a reír. Una carcajada brutal dobló su configuración corporal. Ante él, la hoguera crecía queriendo lamer el espacio. Jeremías se desbarataba en su carcajada incontrolable. Las llamas lo envolvieron todo. Dentro, cesaron los ayes. Afuera, Jeremías, envuelto en las sombras de una noche sin fin, lloraba por el esfuerzo que le producía su estentórea, grotesca risotada.

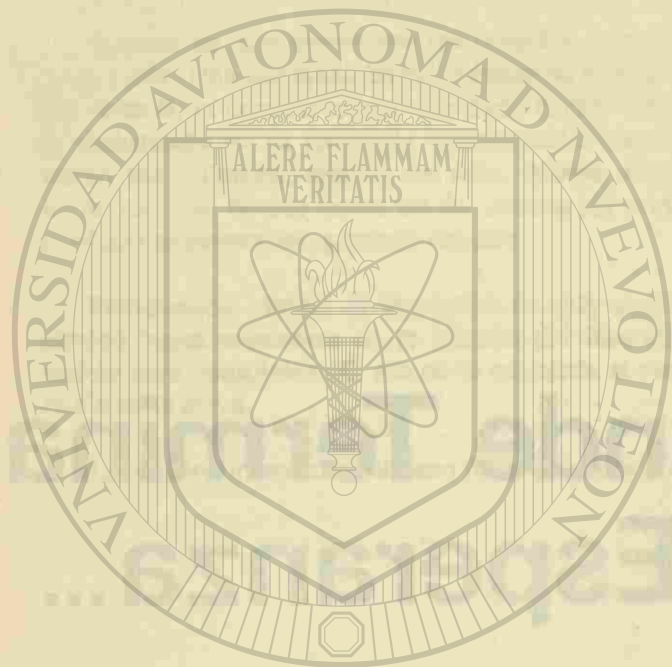
Enloquecido, dando la impresión de que alguien le llamaba, caminó hasta adentrarse en la entraña del incendio. El fuego le recibió para consumirlo. El eco de la carcajada se perdió en el murmullo de la playa.

La isla, era un enorme chispazo flotando sobre la mar.

**Donde Termina
la Esperanza...**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Con el miedo arremangado para que no le fuera a estorbar, se lanzó al agua. El estrépito producido por su cuerpo al quebrar la superficie del río, le hizo estremecerse. Sintió de pronto que el frío le horadaba la estructura ósea.

Comenzó a nadar.

La noche le arrojaba con sus sombras cómplices a la vez que traicioneras. Estaba, ahora, cruelmente lejos de aquello que desde siempre había sido lo suyo, lo propio.

Las voces del recuerdo, se le agolparon en el oído:

— ¡Eustaquio! El niño, si muere . . .

— ¿Qué tiene, Engracia? — apenas pudo contestar pues sentía que el pánico le aleteaba dentro del vientre, rompiéndole las palabras.

— No sé — respondió doliente la mujer —. De presto comenzó a gomitarse y está ardiendo en calentura. Ya le unté sebo con carbonato pero cada vez es peor y no sé qué hacer.

— Pérame tantito. No lo muevas. Déjame ir por la tía Epifania.

Corrió velozmente, sin detenerse. La poca gente que andaba en la calle, se le quedó viendo con de ninguna manera disimulado asombro. Pensaban que a Eustaquio le había dado un ataque de locura. A él, en cambio, no le importaba lo que pensarán. El llevaba su terrible angustia a cuestras y la desesperanza le desencajaba el rostro.

Llegó a las afueras del pueblo. Se detuvo ante un jacal tan ruinoso que parecía a punto de derrumbarse.

Con la firmeza tónica que le proporcionaba su apremio, Eustaquio gritó:

— ¡Tía Epifania! ¡Tía Epifania!

Desde adentro, se escurrió una voz cansada y lenta:

— Voy, quien quiera que seas. Voy.

Eustaquio se sentó en cuclillas, sin dejar de retorcer las manos. Jamás había experimentado mayor angustia.

El tiempo se le hacía tan largo como si se encontrara en medio de la eternidad.

Al ver la puerta abriéndose, se levantó de un solo, ágil impulso. Una anciana con el rostro tasajado por las arrugas y visible apenas por entre los pliegues del rebozo, le miró sorprendida:

— Eustaquio, hijo, ¿qué ti pasa?

— Mi niño, tía Epifania. Mi niño que si ha puesto muy grave, y si está muriendo.

— ¿Qué's lo que tiene? — la adusta serenidad de la mujer contrastaba, en mucho, con el nerviosismo de Eustaquio.

— No sé. Engracia dice que no ha dejado de gritar y que está ardiendo en calentura. Cúremelo, tía. Cure a mi probecito niño. Usted sabe mucho de estas cosas y nada se le ha de dificultar. Si usted me lo cura, yo le doy lo que me pida.

— Pérame — dijo ella, dejando caer las sílabas con una indiferencia que a Eustaquio le pareció desesperante.

Ella regresó al interior de su humilde vivienda y volvió a salir con una bolsa de ixtle igual de amarilla que sus grandes y firmes dientes. Atrancó la puerta y le dijo a Eustaquio, casi como ordenándole:

— Vámonos.

Eustaquio volaba, más que corría. La anciana, tras de él, le iba siguiendo a duras penas, por más que ella le pidiera al hombre que tuviera compasión de su andar gastado por los años.

El sol encendía el paisaje. El sol era un flamazo. El sol calcinaba el horizonte y a ratos parecía descolgarse para dejar caer, más de cerca, su incendio astral.

Llegaron a la casa de Eustaquio. El chaval continuaba inmóvil, sobre el lecho de petate. La madre, arrodillada junto de él, no cesaba de orar, mezclando llanto con rezo.

La tía Epifania se acercó al niño para examinarlo. Le tomó el pulso. Le oprimió el estómago. Le abrió un ojo. Le restregó el cuerpo. Después, alzó el rostro semioculto para pronunciar la sentencia difícil pero ineludible:

— Llegamos tarde.

— ¿Qué pasa, tía?

— Que llegamos tarde.

— ¿Cómo?

— El niño... está muerto...

— ¡Muerto!

Un grito increíble, como alarido de bestia, se escapó de los labios de Engracia, que se fue doblando hasta quedar desmayada al lado del breve, escuálido cadáver de su hijo.

Muerto.

Le desmoronó el hambre, la miseria, las privaciones acumuladas durante cada minuto de su efímera existencia. Muerto. Cuando ni siquiera acababa de completar un año. Muerto. Enfermo siempre. Alimentado a medias, cuando era posible, como los niños de los demás. Como los hombres y las mujeres del pueblo, a excepción de don Cosme el tendero, de Jonás el prestamista, de Rebeca la mujer pública, de don Roberto el ladrón de las tierras.

Muerto.

Eustaquio estaba y no estaba ahí, en el centro de su espantosa tragedia, en el vértice de su dolor, en la cúspide de su tristeza. Eustaquio se sentía desfallecer y sin embargo, permanecía de pie, mirando como si fuese un demente sin habla, los cuerpos de su mujer y su hijo. Se observó con estupor las manos. Manos absurdas que nunca pudieron arrebatarse a la tierra de labranza, el fruto que necesitaba para alimentar a los suyos. Manos torpes que nunca pudieron vencer la adversidad. Manos inútiles que no

supieron defender el patrimonio de la comunidad. Manos rotas, huecas, vacías.

Eustaquio no lograba desembarazarse del llanto. Comenzó sí, a reír muy fuerte, estertóreamente. A desbaratar su dolor en carcajadas brutales hasta que algunos vinieron y le friccionaron con alcohol y le dieron de beber un poco de café caliente mezclado con sotol.

Después, el rito que se lleva a cabo cuando un aliento se apaga.

A horadar la tierra para hacer la fosa. A formular tratos con el cura, de modo que se cumpla con las formalidades religiosas. A solicitar la ayuda de las almas caritativas para comprar una caja de madera mal hecha, mal pintada y mal clavada. A velar el cuerpo. A rezar el rosario. A recibir las condolencias de familiares, amigos, vecinos y compañeros. A consolar, sin palabras, a la inconsolable y deshecha Engracia. A sentir el frío inmisericorde de la más cruel y espantosa de cuantas soledades le habían herido. A cargar el féretro sobre del hombro débil y cansado. A presidir la procesión, resquebrajando los lamentos con el estallido de los cohetes que sirven para anunciar el estreno de un angelato. A oír el doblar del campanario, como eco entristecido del palpar estrujante de su enfebrecido corazón. A escuchar el fervorín del oficiante, aconsejando resignación ante la impenetrable voluntad de Quien otorga y escamotea bienes, de Quien da y quita la vida. A recorrer el camino y bajar por la vereda que conduce al camposanto. A guardar los restos del hijo inolvidable y bien amado, en la cavidad que sus propias manos habían hecho. Y a cubrir los despojos, amorosamente, para luego fijar, sobre la tumba, dos varas en forma de cruz, con el nombre del niño y con las fechas de su inicio y de su término vital.

Después...

— Yo me voy pa'l otro lado, Engracia - se atrevió a decir, finalmente, lo que había pensado durante muchas noches de desvelo y de congoja.

Engracia no creía que su marido estuviese hablando en serio.

— De verdá te lo digo. Me voy de mojado.

— Por Dios, Eustaquio. ¿Y qué quieres que me quede a hacer aquí, sola con los recuerdos, sin tenerte tan siquiera cerca pa'llorar entre los dos y que nos toque di a menos en esta pena que el Señor nos ha mandado?

— No hagas que si me dificulte más . . .

— Eustaquio, tú estás juyendo de la memoria de nuestro hijito y de todos nosotros.

— No, Engracia. Ya lo he pensado bien y no creas que mi ha sido fácil. Voy a apalabrarme con tus padres pa' que si hagan cargo de ti, por mientras que yo regreso. Yo me voy, ya te digo. Estoy jarto de aquí, d'este lugar en el que nada más venimos a saber lo qui es sofrimiento. Estoy cansado de trabajarle a don Roberto, siendo que esas tierras jueron nuestras y nomás por miedosos dejamos que nos las robara. M'he propuesto di aquí en dilante, darte lo qui mereces, pa'ver si vale por todo lo que tú has sufrido por mi culpa. Quero verte estrenando rebozo, falda, blusa, zapatos y hasta jacal. Quero verte las orejas con arracadas de las grandes, de las que te gustan cuando vamos a la feria de San Tiburcio. Quero que nunca ti falte alimento del güeno, por lo que no pude darle di comer a nuestro hijito. Ya no quero ser probe, Engracia, porque ora sí, entiendo que no hay pior pecado que'l de la probeza.

— Eustaquio, si me dejas, van a enfermarme la soledá y la tristeza.

Desatarse de los brazos de Engracia, le costó mucho esfuerzo. La llevó a casa de los padres de ella y después de hablarles largamente, partió sintiendo que el llanto estaba a punto de reventarse dentro del pecho.

Arrastrando su desolación, se fue en compañía de varios hombres del pueblo y de otras comunidades vecinas.

Aunque tratara, jamás podría olvidar los sinsabores que fue recogiendo en el recorrer del camino. Los pocos haberes se le iban diluyendo con sorprendente y malhadada facilidad. En cada lugar a donde llegaban, les era preciso buscar trabajo de lo que fuera y a como fuera. Cuando la ocasión no se prestaba para procurar empleo, hacían a un lado las inhibiciones y se dedicaban a recorrer las calles, mendigando, solicitando la misericordia de la gente.

Cerca ya de la frontera, en pleno camino, un día aborrecido le venció el cansancio. Después de muchas noches de desvelo, no pudo más. El organismo, agotado, se rindió de pronto. Quedó dormido sin que pudiera tomar las precauciones acostumbradas. Y cuando despertó, le habían vaciado el bolsillo. Le hurtaron, incluso, la medalla con la imagen del Santo Niño de Atocha mandada a bendecir, que Engracia le había enredado en el cuello el mismo día de la boda.

— Pa' que te cuide mucho — le había dicho temblorosa de fervor.

Aunque le doliera en lo profundo, ni para qué lamentar el robo. Tampoco se atrevió a comentarlo. Sabía que era por demás inútil. Optó por callarse.

Hasta la cuenta había perdido de los días que tardaron en llegar a la frontera. Un hombre de aspecto siniestro y sucio, les trasladó al río. Iban amontonados en una camioneta vieja, como si fueran ganado. Tragando el polvo de veredas escamotea-

das a la vigilancia policiaca. Aquel hombre era el encargado de dejarles justo en la ribera. Cuando arribaron a la orilla del río, ya era de noche. Bajaron del vehículo y se fueron dispersando en grupos.

Eustaquio se quedó solo. Tuvo, repentinamente, miedo de la noche, del río, de la soledad, del cántico de los grillos, del viento que comenzaba a estremecer el esquema de los arbustos.

Cuando Eustaquio estaba a punto de arrojarle en lo que sería el final de su aventura, sin poderlo evitar, recordó al hombre acicalado y vehemente -"Zaratustra Ramos, para servirles ahora y en cualquier momento"- que había visitado al pueblo en su campaña como candidato a la gubernatura del Estado.

Junto a un numeroso contingente de la misma comunidad, Eustaquio acudió al mítin en la plaza de armas de la cabecera municipal. Eustaquio estaba sorprendido. Nunca antes había visto tantas personas reunidas. Nunca había presenciado tal ajetre. Jamás oyó alharaca semejante. Le dieron una banderita con el retrato del candidato para que la agitara cuando éste pasara por entre la valla. Pero Eustaquio se sintió ridículo y prefirió guardar la banderita en su morral.

Los minutos se alargaban en medio del estrépito de las bandas de guerra, de la banda del municipio y de los conjuntos musicales. Hasta que muy más tarde de lo programado, se anunció la presencia de Ramos. Y una marejada de aplausos y de vítores se volcó sobre de él.

Cuando abriéndose paso entre la gente, Zaratustra Ramos logró subir a la tribuna para dirigirse al pueblo, Eustaquio le puso toda su atención. Por eso, pese a los días transcurridos desde entonces, las palabras le seguían resonando en el recuerdo:

- A ustedes -Zaratustra asumía el aspecto del redentor sincero y angustiado- no les voy a hablar con engaños o con promesas huecas. Les prometo, únicamente, lo que como hombre

cabal habré de cumplir, si el voto me favorece. Nadie quedará sin tener un pedazo de tierra para trabajarla. No olvidemos que el país sigue en deuda con el campesino, porque han sido ustedes los que han dado mayor aportación de vidas a todos los gloriosos movimientos armados que, desde la Independencia, conforman nuestra historia nacional. El progreso de la Patria, en mucho, se debe a quienes como ustedes se aferran al campo a pesar de las injusticias, de la incomprensión y de las traiciones de que son víctimas por parte de los buitres que revolotean sobre el paisaje del país y a los que debemos denunciar con energía y decisión, para que no sigan causándole daño al agrarismo nacional.

"Si la voluntad mayoritaria me hace acreedor a su confianza, no me limitaré a administrar desde las oficinas del Palacio de Gobierno, porque ello significaría desligarme de todos ustedes. Por lo contrario, volveré a recorrer los empolvados caminos de estas comunidades que tan generosamente me han recibido, y ¡ay de mí! si dejo pasar un día (un sólo día! sin que haga algo en beneficio del campesinado, porque entonces estaré faltando a mis deberes y ustedes tendrán todo el derecho que cabe en el mundo, de acusarme con severidad. De ser así, aceptaré mi culpa y me propondré, empeñosamente, corregir los errores en que haya incurrido, nunca de mala fe, siempre con la más buena voluntad de servir a mis conciudadanos, a mi Estado y al país."

Cuando el candidato -¿Zaratustra? ¿Dé qué calendario escogerían sus padres ese nombre tan raro?- concluyó con su vibrante, enardecida alocución, la gente le aplaudió en una interminable y esperanzada ovación. Las palmas de las manos resultaban insuficientes para manifestarle el respaldo que, desde ya, estaban dispuestos a brindarle. No faltaba más.

Con Ramos, nuevamente volvía a encenderse la chispa de la ilusión. Ya era tiempo de que alguien hiciera algo por los humildes. Porque otros, antes que él, habían llegado a prometer la redención y luego no regresaban. Sepultaban sus promesas en el olvido, en tanto que la miseria seguía socavando la difícil existen-

cia de aquellos pueblos perdidos en el paisaje amargo de la desolación.

Sólo que la chispa volvió a apagarse. Pues tan luego Ramos asumió el poder, las circunstancias se agravaron, el problema de la propiedad comunal hizo crisis. Don Roberto y sus malditas guardias blancas les despojaron de las tierras de cultivo. Los mercenarios del odiado latifundista, les incendiaban las cosechas, los destruían sin compasión. Tumbaban las humildes viviendas, embozados en las sombras de la noche. Mataban a los que se oponían. Los torturaban. Los colgaban de los árboles, para escarmiento del que no quisiera entender que la única Ley verdadera era la voluntad de don Roberto.

Aquello era desesperante. Las familias sufrían el despojo de lo que les pertenecía, de lo que les permitía alimentar a sus críos.

A hurtadillas, se organizó la asamblea de los ejidatarios. Unánimemente se acordó que una comisión presidida por don Chema Llepés, se trasladara a la capital del Estado con el propósito de entrevistarse con el Gobernador y solicitarle su ayuda y su respaldo.

— Miren nomás a lo q'hemos llegado. Si el Tata Lázaro supiera lo qui han hecho con la orden de que se nos dotara de tierra . . . Tanto luchar pa' nada. Lástima ser tan probes, porque ansina ¿quién se anima a ayudarnos? Don Roberto, en cambio, tiene hartó dinero y harta fuerza política, de modo que vamos a tener qué caminar cuesta arriba, a contra-corriente, a la buena de Dios.

Don Chema era el más respetado de todos los hombres del pueblo. Porque era un hombre que a su ancianidad aparejaba una vasta experiencia y un amplio criterio cuando se trataba de darle solución práctica a los problemas que se podían resolver en el seno de la comunidad.

La comisión — don Chema — portaba, con celoso cuidado,

los documentos que a favor de los ejidatarios había expedido la Presidencia de la República durante el período cardenista. Los comisionados confiaban en ser escuchados por Zaratuza Ramos, recordando que les había prometido vigilar por la defensa de los derechos agrarios.

Pero la realidad fue muy distinta a lo que esperaban, después de llegar a la capital del Estado y de apersonarse en el Palacio de Gobierno. De ahí se les mandó sacar a empellones, vilipendiados por la guardia armada.

— ¡Mugrosos . . .! ¡Nomás vienen a ensuciar estos lugares que son para la gente decente! ¡Vuélvase a su cochino pueblo!

Entre tantos que se burlaban de ellos o que les veían con desprecio inocultable, alguien que pasaba junto de su escarnio, les aconsejó presentarse en los diarios.

— De esa manera, el Gobernador se enteraría de lo que ustedes quieren . . .

Reanimados en sus propósitos, acudieron a los rotativos más importantes. También ahí se negaron a escucharlos. Empleados menores se rieron del aspecto de los comisionados, de su humildad, de su timidez, de la pobreza que no podían ocultar porque la llevaban estampada en el espíritu.

Les cerraron las puertas. Quedaron otra vez afuera. Volvieron a la calle sin haber sido escuchados. Sufrían, sin palabras, el rechazo de todos, la impotencia de su desventaja, la laceración de su angustia.

Todavía don Chema tuvo la entereza suficiente para entrevistarse con los dirigentes estatales de la Liga de Comunidades Agrarias. Pero los dirigentes les dijeron que más valía no seguir en el intento, que desistieran de sus intenciones, que renunciaran a sus derechos porque don Roberto era muy amigo, a más de

compadre y compañero de farra, del Gobernador. Y cualquiera en el Estado estaba enterado que gozaba de enormes influencias. Don Roberto, además, era terriblemente difícil de tratar. Despótico y brutal, conseguía lo que deseaba a como fuera, a precio de sangre, a costo de vida.

Fue lo último que pudieron soportar. No había más que hacer, sino regresarse al pueblo.

Llegaron decepcionados, tristes, arrastrando con agobio su derrota. Pero aún tenían que padecer otra tragedia: al día siguiente del regreso, el pueblo apareció estupefacto, con el asombro cimbrando el paisaje: encontraron a don Chema - el cadáver - balaceado al igual que su mujer y sus seis hijos.

Un coraje como vendaval les sacudió el alma. La indignación les quemaba las manos, el vientre, la garganta. Pero los congeló el miedo. Sabían que no contaban con nadie que les ayudara. De modo que se concretaron a sepultar a don Chema, a su mujer y a sus hijos.

No había más que hacer.

Don Roberto, envalentonado, se dedicó a acosarlos con despiadada ferocidad. Y al límite del barranco, entre el vacío y la pólvora, sobre el filo de la navaja, junto al barrunto de la tempestad, entre el estallido de la tormenta, cerca del cataclismo, próximos al incendio, dejaron que las tierras quedaran en poder del soberbio cacique. Y poco a poco, fueron presentándose ante don Roberto para solicitarle que les empleara en trabajar los surcos que hasta entonces les habían pertenecido. El hambre les doblegó el último vestigio de resistencia.

— Desgraciados -rechinó Eustaquio entre los dientes, desmenuzando las sílabas.

Le dolía el recuerdo de la tragedia propia, de los suyos y

de quienes habían sufrido el drama de nacer pobres e indefensos.

Rompió el encadenamiento de sus remembranzas. Estaba otra vez ahí, cerca del río. Estaba otra vez ahí, lejos de todo y junto a la ilusión. Volteó a contemplar el camino recorrido. A distancia, veía las luces parpadeando como si fueran luciérnagas eléctricas. ¿La Patria? No podía ser aquel lugar, duro e inmovible, que destruía el espíritu de la gente con crueldad impene-trable. No podía ser aquel manojito de poderosos que se complacían en saquear lo que encontrarán, con voracidad y rapiña. No podía ser aquella camarilla estructurada a base de compadrazgos y amiguismo, con impunidad para el hurto y el asesinato, siempre en detrimento de los humildes.

Eustaquio sintió que las lágrimas se le desbordaban en caudal incontenible. Las sabía en el borde de los ojos, en el cauce de las mejillas, en la ribera de los labios. Las lágrimas. Le impedían penetrar, con la mirada, las tinieblas que le circundaban.

El grito rasgó el terciopelo oscuro de la noche. Enseguida oyó un disparo. Ruidos. Pasos apresurados.

Eustaquio se santiguó. Volteó para todos lados. Y con el miedo arremangado para que no fuera a estorbarle, se lanzó al agua. Sus brazos comenzaron a cortar la superficie del río, con lentitud, con nerviosa precaución.

El grito en inglés lo oyó demasiado próximo. Un proyectil le salpicó de pólvora. El río, de pronto, se embarró de plata.

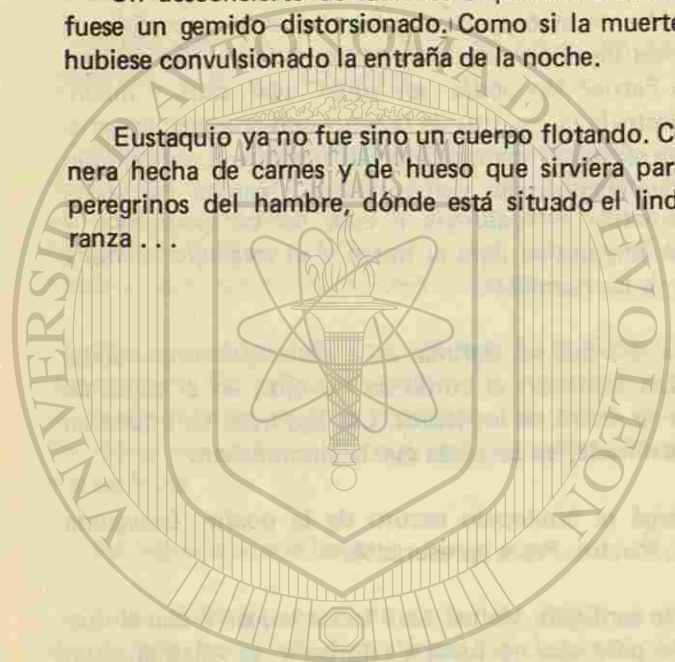
Las luces. Las linternas pasaban por donde él detenía sus movimientos. Las luces. Las voces de los que hablaban inglés. El grito. Engracia. El niño. El río. El hambre. Don Roberto. El gobernador. Zaratustra. La Patria. ¿La Patria? ¡La Patria!

La muerte . . .

Eustaquio, ya no fue sino un cuerpo flotando. Lejos, espantosamente lejos de Engracia. Cerca, dolorosamente cerca de su ilusión. Justo en los linderos del espejismo.

Un desconcierto de ladridos salpicaba la oscuridad. Como si fuese un gemido distorsionado. Como si la muerte de Eustaquio hubiese convulsionado la entraña de la noche.

Eustaquio ya no fue sino un cuerpo flotando. Como una mojonera hecha de carnes y de hueso que sirviera para indicar, a los peregrinos del hambre, dónde está situado el lindero de la esperanza . . .



UANE La Mina

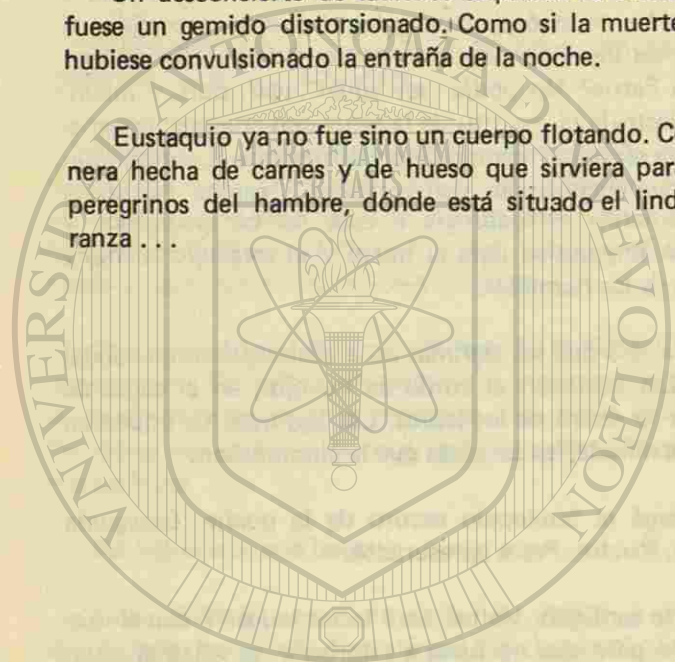
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Eustaquio, ya no fue sino un cuerpo flotando. Lejos, espantosamente lejos de Engracia. Cerca, dolorosamente cerca de su ilusión. Justo en los linderos del espejismo.

Un desconcierto de ladridos salpicaba la oscuridad. Como si fuese un gemido distorsionado. Como si la muerte de Eustaquio hubiese convulsionado la entraña de la noche.

Eustaquio ya no fue sino un cuerpo flotando. Como una mojonera hecha de carnes y de hueso que sirviera para indicar, a los peregrinos del hambre, dónde está situado el lindero de la esperanza . . .



UANL **La Mina**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE

— ¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loco? Mira que parece tener el cerebro lleno de telarañas. Y me da miedo verte así. Principalmente, porque, quién sino yo, va a saber lo inteligente, lo educado, lo estudioso, que llegaste a ser. Pero ahora, pues estás hecho una lástima.

Debo decirte que todos te han abandonado. Todos. Menos yo. Tú sabes que jamás podré estar donde tú no te halles junto de mí. Sabes que yo te acompañaré hasta la muerte. Pero, por mientras, me duele verte así. No eres ni la sombra de lo que fuiste. Ni siquiera me escuchas... ¿Verdad que no me escuchas?

— Sí, te estoy oyendo. Aunque no pueda contestarte. Las palabras no quieren salir de la garganta, pero las tengo aquí, medidas en lo hondo. Las siento palpar y estremecerse como si fueran mariposas aprisionadas. Quieren volar. Sólo que alguien o algo les desbarató las alas. Las tienen rotas. Y mi vientre es un cementerio de palabras quebradas.

— Háblame, por favor. No me veas así. Dime qué te pasa, dónde te duele.

— Sí, te hablo, Mariana, amor mío. Nada más que ni tú ni nadie pueden oirme. Me siento tan cansado que apenas aguanto a respirar. Tengo mucho coraje y me da vergüenza porque estás llorando por mí. Deja de llorar y vete. Mira que nos han dejado solos. Todos se han ido y quiero que tú, igualmente, te vayas lo más lejos que puedas. Allá donde el recuerdo no te alcance. No importa que tu ausencia sea el último dolor que soporte. Pero no es justo que te pudras a mi lado. Yo no sirvo. Déjame. Aquí me quedo. Esperaré a morir tan lentamente como el sol cuando se esconde entre las montañas.

Tú en cambio tienes derecho a la vida. Eres joven. Eres bonita. Yo ya agoté mi existencia y mi razón. Déjame aquí, entre las fantasmas, entre las apariciones de quienes alguna vez fueron y ya no son sino en el recuerdo. Olvídame. No vale la pena que menciones el hecho de habernos conocido. De habernos amado. De habernos fundido. De haber tenido un hijo tan luminoso como la primera aurora del mundo.

— Háblame, Damián. No me veas así. Con esos ojos llenos de tristeza. . .

— Así te veo, Mariana. Es que quisiera llorar de rabia o de dolor. Pero no puedo. No me han dejado lágrimas. Se las llevaron. Me las arrebató el tiempo, la distancia, el viento que nos destruyó el andamiaje del alma, la muerte de nuestro hijito. Ya no tengo lágrimas Mariana. ¿Cómo entonces quieres que te vea? Porque me falta llanto pero me sobra pena.

Este pueblo está maldito. Por eso lo abandonaron. Nada más que entre las ruinas, las sombras, el camposanto y la soledad, quedan nuestras voces.

Estamos solos. Ahora podemos entrar y salir a cualquier casa

sin quién nos reprenda. Ahora podemos jugar y correr por las calles como cuando éramos niños. Por primera vez, el pueblo nos pertenece.

Dices que todos se han ido. De seguro que tu familia, también. ¿Por qué no los acompañaste? ¿Para qué querías quedarte con un loco? ¿O será, Mariana, que estás perdiendo la razón?

— Quién te viera, Damián. Si llegaste a ser el orgullo del pueblo. Los que te conocieron, te admiraban por lo que eras, por lo que hacías, por lo que pensabas. Pero ahora. . . ahora . . .

— Nunca te platiqué la historia completa de cómo fui quedando al frente de la huelga. Cuando se inició el movimiento, supe desde luego que llevábamos las de perder. Porque el gobierno siempre ha favorecido a los gringos. Ya sabes lo que es la ambición y cuánta gente es capaz de cualquier cosa por unos cuantos dólares. Sólo que no era de seguir aguantando la explotación sin que nos reventara el coraje.

Cada vez que bajábamos a la mina, llevábamos la muerte junto de nosotros. Como si la fuéramos cargando. Y la vimos, muchas veces, asomarse a nuestros hombros. Si te dijera nombres. . . Unos apenas eran niños. A los diez, a los once, a los doce años, se veían obligados al trabajo. La miseria, tú sabes. El hambre, ya ves. Ellos nunca supieron de juegos. Crecieron de golpe. Pobres criaturas. . . Qué duro es crecer así. Siempre en las tinieblas. Empantanados. Violando las entrañas de la tierra. Respirando un aire que te quema. De plano ya no podía soportar verlos consumiéndose día tras día. Me acordaba de mi propia niñez.

Las noches que me viste llegar agüitado y sin habla, era porque no dejaba de pensar en mis pequeños compañeros. Era porque sufría, igual que ellos, la desgracia de sus vidas. Si te dijera, Mariana, que eso y muchas otras cosas me ocasionaban una molestia que se me hacía cada vez más difícil de soportar.

Aquel día de noviembre amaneció haciendo frío. El día estaba nublado y lluvioso. Me desperté con una aprensión muy grande. Tú sabes que nunca me gustaron los días nublados. Pero esa ocasión, me ahogó un presentimiento. Una corazonada de que algo desagradable estaba por ocurrir. Y así fue. Cuando acudí a la mina, la gente estaba amontonada haciendo fuerte barullo. El corazón comenzó a alborotarse.

— ¿Qué pasa? — le pregunté, apresurado, al primero que encontré.

— Matías, el capataz, está matando a Juliencillo.

Nomás escuchar eso, y corrí abriéndome paso a la fuerza. Una vez te lo dije: Juliencillo era mi ayudante. Y lo quería como si fuera el hermano que nunca tuve o el hijo que nunca creció. Acababa de completar los trece años. Pobre muchacho.

Tan luego logré romper el cerco de hombres que presenciaban la injusticia sin atreverse a actuar, ví al capataz, hecho una furia, que a puntapiés golpeaba el cuerpo indefenso y caído de Juliencillo.

Julián sangraba mucho. De todas partes. Y se retorció por lo que estaba sufriendo.

— ¡Párate, Matías! — grité con un grito que debió semejar-se al trueno, porque alcancé a ver cómo los demás se estremecían —. No lo pegues.

— Tú no eres quién para ordenarme. ¿Qué te traes? ¿Estás de acuerdo con tu ayudante? ¿No sabes que el muy sinvergüenza le robó unas monedas a Mr. Stevenson? ¿O tú lo mandaste? ¿O tú lo enseñaste a adueñarse de lo que no le corresponde? Anda. Confiesa.

— No es cierto — oí que explicaba alguien a quien no supe

reconocer—. Lo que pasa es que el gringo le reclama a Matías esas monedas. Y Matías le echa la culpa a tu ayudante. Pero no es cierto. El muchacho, ¿quién no lo sabe?, es bien honrado. Tan honrado como pobre.

— Y me lo dicen a mí — dije con una voz que nadie escuchó porque estaba pensando nada más que para mis adentros.

Entonces, no medí consecuencias. Me dejé caer sobre Matías. Le descargué todo el coraje que llevaba amontonado, no sé desde cuando, en algún lugar del cerebro. Le rompí la cara a puñetazos. Uno tras otro, sin contemplaciones.

El muy cobarde de Matías, se puso a llorar y a pedirme que tuviera compasión de él. Pero no supe de mí. Hasta que, a fuerza, lograron contenerme.

Juliencillo murió. Se lo fueron a entregar a una madre que lo único que tenía era su hijo. A mí me llevaron a la cárcel. Matías, por mientras, se la cobró con los compañeros. Los trataba como ni siquiera se trata a los animales. Hasta que ocurrió la tragedia. Los sostenes de la mina se cayeron de puro viejos y podridos. Veintisiete camaradas se quedaron adentro, atrapados. Escuché la alarma desde la prisión. Después, adiviné los pasos apresurados, los murmullos tristes de la gente que se dirigía a la compañía, rezando para que nada malo les pasara a los suyos.

A ninguno dejaron entrar. Las mujeres gritaban pidiendo que les permitieran el paso a la mina, tan siquiera por un rato. El cochino de Matías cerró las puertas. Nadie hizo nada. La gerencia ni siquiera pidió ayuda a las demás compañías de la región. Los dejaron morir dentro de la mina. ®

Fue lo último que aguantó la gente. El miedo que la atosigaba, se desbarató hasta las últimas consecuencias. Los hombres decidieron no seguir trabajando, expuestos a una nueva y quién sabe si mayor desgracia. Decidieron levantarse en huelga. Al saberlo

Mr. Stevenson, trató de disuadirlos utilizando a la policía municipal. Pero el cambio que tuvieron los compañeros fue completo. Estaban desconocidos. A tal punto, que los uniformados no lograron meterles el menor miedo. Por lo contrario, si no se retiran a tiempo, los policías hubieran salido perdiendo.

Antes de declarar el movimiento de huelga, los compañeros tuvieron la precaución de cortar las líneas de telégrafo. Dinamitaron la vía del ferrocarril. Destruyeron el único teléfono. Inutilizaron el camino de terracería.

Por primera vez el aislamiento en que vivíamos nos era favorable. Sólo se mantuvieron, aunque bien vigiladas, las muy escasas poblaciones mineras cercanas a la nuestra. Por ahí se recibían alimentos y ayuda de toda especie. Por ahí nos llegaban las novedades de fuera.

A mí me liberaron de inmediato. Llegaron en montón a vaciar la cárcel. A quienes estábamos dentro, nos echaron sin más ni más.

Lo peor vino con el cura. Nos mandó decir que quería que fuéramos a su casa para tener una plática. Nos pareció muy raro su interés y pusimos el asunto a la consideración de la asamblea. Por mayoría, fueron escogidos cinco representantes y los cinco delegaron en mí la responsabilidad de encabezar la entrevista.

Con cierto recelo, nos dirigimos a la casa del señor cura. Cuando nos dieron la entrada, me dí cuenta del porqué la gente decía de él que vivía como si fuera príncipe. O rey. O personaje de esos que hacen derroche de riqueza.

La sala en que nos recibieron era enorme. Muy espaciosa. Con muebles y adornos que nunca habíamos visto. Tan confundidos estábamos con esa elegancia, que ninguno pensó siquiera en sentarse.

El sacerdote bajó por una escalera blanca y reluciente. El era

más alto que cualquiera de nosotros, aparte de que la sotana le hacía ver muy corpulento. Se veía impresionante. Con decirte que sentí cómo los compañeros se acobardaron de pronto. Al sacerdote, la mirada le brillaba igual que si tuviera en los ojos un manojito de relámpagos.

Al estar frente a nosotros, ni siquiera se preocupó en saludarnos. Y luego, como si ya nos conociéramos, se dirigió a mí. Su voz era fuerte. Hablaba con enojo, acostumbrado que estaba a mandar siempre, sin que nadie lo desobedeciera.

— ¿Qué estás haciendo? — preguntó, y a mí me pareció escuchar una explosión de barrenos. — ¿Esperan acabar con la única fuente de trabajo que hay en el pueblo? ¡Cuidado! La soberbia es un gran pecado y provoca la santa ira de Dios.

Los otros retrocedieron. Yo no. Me le enfrenté como igual hubiera hecho con cualquier otro hombre.

— ¿Cuál Dios? — le pregunté encorajinado. — ¿El dólar?

Abrió los ojos, tanto como le fue posible.

— ¡Insensato! Ya me habían advertido de tu cinismo. Tú eres el que ha comenzado este problema. *Vade retro*, Satanás. Quién sabe por qué tienes la malhadada intención de acabar con el pueblo. Tu propósito es destruirlo, y con tu maldad también te estás entregando al señor de las tinieblas.

— Ningún destruir al pueblo. Lo quiero mucho más de lo que usted puede quererlo, porque yo sí soy de aquí, y de aquí son todos los míos. Lo que pasa es que estamos exigiendo el derecho de ser tratados como humanos. Hemos tomado la determinación de ya no permitir que se nos explote, como hasta ahora han hecho con nosotros y con nuestros abuelos. Queremos que se nos garantice un mínimo de seguridad en nuestro trabajo. Porque en las condiciones actuales, ¿quién nos asegura que el día de mañana no ocurra una nueva desgracia? ¿Y nuestras familias?

¿Con qué las amparamos, si apenas les damos para ir pasando muy mal?

— ¡Hereje! — me contestó en medio de abundante saliva —. ¡Descreído! ¡Te quieres burlar de Dios! Y ustedes — se dirigió a los compañeros— no se dejen engañar con tan pecaminosa facilidad. No hay que olvidar que no sólo de pan vivimos. Cristo, el Cordero de Dios, ama a los mansos, a los humildes de espíritu. Cristo ama a los que son igual de pobres que El, que hubo de nacer en un pesebre y que jamás guardó riquezas porque su reino no era de este mundo.

Apenas oírlo, y en el estómago sentí el golpe del vómito.

— Usted no tiene derecho de hablarnos así. . .

No recuerdo cuántas cosas le dije. Aunque sí reconozco que hablé sin que nadie pudiera pararme. Le reclamé que nos estuviera hablando de pobreza, mientras que él vivía en medio de una comodidad insultante para un pueblo como el nuestro. Le exigí que predicara con el ejemplo.

Ya entiendo que tú, Mariana, eres muy creyente. Y como sabes que me fastidia, cada vez que puedes, rezas a escondidas, en voz bien queda. Pero yo alcanzo a escucharte. Me doy cuenta cuando estás en tus credos, aves marías y padrenuestros. Entonces me da harta muina y quisiera callarte. Nada más que me detengo y me pregunto quién soy para obligarte a pensar como yo pienso.

A mí, qué me van a presumir con esos asuntos de la religión. Si desde niño sufrí las consecuencias de un fanatismo inconsecuente. Los adultos me metieron en la cabeza la idea de que ciertas cosas eran malas, pero nunca me explicaron por qué. Que evitara hacer esto o eso otro, pues si no estaría faltándole a Dios. Que pensara en el castigo que nos esperaba después de la muerte. Que si estábamos en el mundo, era para glorificar a Dios y buscar

la salvación del alma. Que por ello, era preferible seguir siendo pobres, para no caer en tentaciones. Que como nada se mueve sin que intervenga la voluntad divina, debíamos aceptar la vida, como nos fue dada, sin protestar por nuestros sufrimientos.

A veces, ni podía dormir soñando con el infierno. Sentía que me quemaba por dentro y por fuera. Como si las llamaradas se me untaran a la piel.

Mi madre, también rezaba bastante, todo el día. Igual que tú. Y ya vez, ¿de qué le sirvió? Dios, su Dios, no quiso ayudarla. La pobre, pasó la vida sufriendo y sólo descansó cuando la fuimos a depositar en el panteón.

— Damián, di algo.

— Si no he dejado de estar diciendo cosas, lo que pasa es que tu no me escuchas. Parece que yo ya me he muerto, pues que me ves con una tristeza larga, larga. Tan larga como las sombras de este pueblo, que se ha quedado en el más espantoso de los abandonos.

Pero te comentaba lo del cura. Te decía que mis palabras le enfurecieron. De modo que sin la menor cortesía, nos largó de su casa dándonos a entender que para él éramos igual que basura.

Regresamos a la asamblea, a explicarles a los compañeros lo que nos había pasado, cuando . . . — ¿cómo olvidarlo? — llegaron a caballo. Los mandaba el Gobierno del Estado. Aún no me explico cómo fue que los desalmados gringos lograron comunicarse con la capital, cuando que creíamos tener controlada la situación.

Nos venadearon. Sin contemplaciones. Mataron a sangre fría mujeres y niños. Nosotros nos defendimos de la mejor manera. Hasta las piedras utilizábamos. Y ni para cuándo que estuviéramos en posibilidad de ganarles. Para meter más miedo, prendieron lumbre al pueblo. Por cualquier lado se oía el gritadero, las lamenta-

ciones y los llantos. Las mujeres llamaban a sus hombres, buscán-
doles entre tanto muerto.

¡Qué día tan terrible, Mariana! Tan terrible fue, que ante tan-
to desbarajuste acordamos rendirnos. No era cosa de dejar que si-
guieran matando gente como si anduvieran de cacería.

A mí, me llevaron cerca del panteón. Me desnudaron para que
me golpeará el frío. Después, fueron ellos los que me golpearon.
Yo no quería quejarme, pero es mucho aguantar. Hasta que no su-
pe de mí.

Cuando tú fuiste a levantarme, yo era otro. Estaba como aton-
tado. Mudo. Sangrando.

Recuerdo con qué cariño me arropaste. Con qué cuidado cu-
briste mis desnudeces llenas de oscuro y rojo. Con cuánto amor
me fuiste arrastrando de modo de traerme aquí. Con qué dolor
me explicabas, mientras lavabas para curar mis heridas, que el
pueblo se había quedado solo. Con nada más que tú y yo. To-
davía juntos. Sin nadie que nos acompañe. Ni los amigos. Ni los
de la empresa. Ni los del gobierno.

El pueblo está muerto. Míralo: parece una tumba. Aquí se han
quedado enterrados, y para siempre, nuestros sueños y las ilusiones.

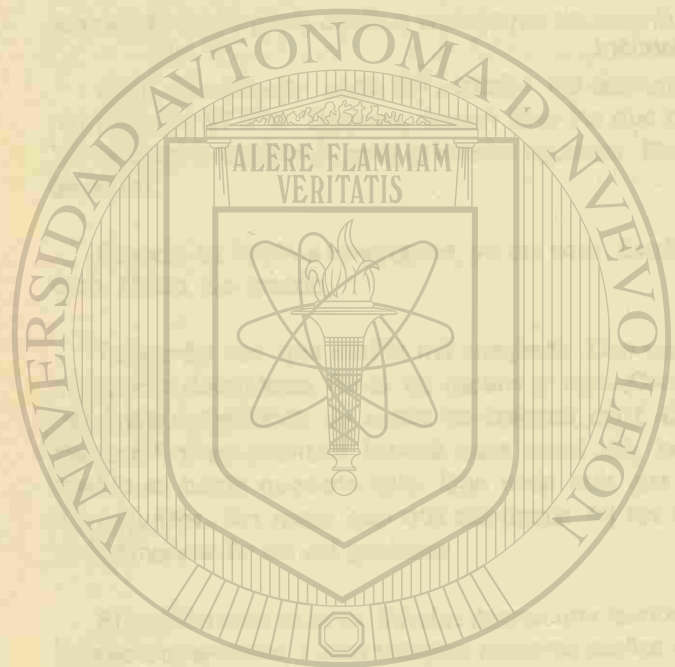
Yo también me voy, Mariana. Como los demás, yo también te
dejo. Me voy para nunca regresar. ¿No te das cuenta de que vienen
por mí?

— Damián, ¿qué te pasa?

— Voy bajando a una mina en la que están reunidos mis
compañeros de otros años. Veo también a mi madre que llega con
los brazos abiertos, lista para recibirme. Adentro está muy oscuro.
Hay demasiada humedad. Adiós, Mariana. Lo único que me
duele es dejarte sola, sin un hijo que, cuando crezca, vele por ti.

Nadie ya podrá acompañarte como mereces. Te esperaré abajo.
Cuando el Dios en el que aún crees, se compadezca de ti y acabe
con tus padeceres. Te dejo sola, Mariana. Pero esta vez no puedo
evitarlo. Los de allá abajo de la mina me arrastran, me arrastran,
me arrastran, me arras. . .

— ¡Damián!



La Parábola del Pigmeo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Después de coincidir en intenciones, los pigmeos las compendiaron en un documento que luego, cada quien, rubricaría con su sangre: "Tan pronto conquistemos el poder, ninguno de los que nos aventajan en estatura tendrá ingerencia en los asuntos directivos de mayor o menor importancia. Si intentaran hablar, su voz será quebrada por el golpe del cetro que acalla hasta el grito más angustioso. A todos los inconformes se les atacará, acorralándoles, hostigándolos, criticándoles, sin permitirles defensa ni refugio.

"Proscribiremos del lenguaje, vocablos como grandeza, cuspide, magnitud, inmensidad, elevación o plenitud, así como sus sinónimos y derivados. Prohibiremos la mención siquiera, de filósofos, héroes, escritores, poetas, estadistas, porque no hemos encontrado entre ellos uno tan sólo que tenga la insignificancia de nuestra insignificancia.

"¡Ay de aquellos que se atrevan a rebatir nuestras aseveraciones! Les consignaremos a una Comisión de Honor y Lealtad. Que aunque no somos ni leales ni honorables, debemos hacer que los demás nos crean paladines integérrimos de la honorabilidad y la fidelidad. No dejaremos que se esbocen teorías, planteamientos, argumentaciones de profundidad peligrosa. Debemos temer a las palabras. No olvidemos que todo ello es producto de algo que nuestra estatura no nos permite alcanzar: el proceso complicado, estorboso y difícil de la meditación y del razonamiento. El cerebro debe servir nada más que para una cosa: acumular dinero. El dinero, además, nos servirá para comprar conciencias y prestigio. Veamos que hasta la inteligencia tiene precio. Hay algunos que poseyéndola, la ofrecen en subasta. Compraremos a quienes entiendan de leyes, de economía, de redacción, de arquitectura, y ellos pensarán y escribirán y reglamentarán y construirán por nosotros, sin que nadie más que nosotros lo sepamos.

"Daremos nuestra propia definición a determinados, específicos vocablos. Principalmente a la palabra *mediocre*. Por decreto y como dogma, tan pronto gobernemos, mediocre será aquel

que pierda el tiempo en superarse intelectualmente, sin denotar ambición desmesurada por la riqueza o por el poder. Y cuando hayamos tenido ya el cetro en nuestras manos, cuando se nos proclame adalides de los principios libertarios, de los ideales de la justicia, de las doctrinas de igualdad en los derechos, entonces no habrá más ley que nuestra ley, ni más razón que nuestra razón, ni más justicia que nuestra justicia".

Tan pronto los pigmeos firmaron el Acta de Declaraciones, se dispersaron, refugiándose en las tinieblas de un crónico anonimato.

Llegó el día en que debía elegirse al nuevo señor feudal. Los hombres del reino establecieron la Gran Asamblea. Para entonces, los enanos habían dejado caer sobre su itinerario de campaña un rastro de billetes y monedas. Y para su propio asombro, encontraron que había tantos pigmeos en el reino como nadie jamás imaginó siquiera.

Proliferaban por todas partes, en cantidades fabulosas. Y haciéndoles escuchar el tintineo de las monedas o mostrándoles el verde bosquejo de los billetes, fue fácil conducirles — como con docilidad se conduce a los rebaños — por el camino que se les fue indicando. De modo que el día señalado para efectuar la Gran Elección, las urnas se llenaron con boletas que tenían escrito el nombre sacramentado del candidato unigido por los enanos: SHIRON.

Cuando el resultado de las elecciones se dio a conocer, un aplauso estrepitoso saludó la victoria del pigmeísmo. Y en la cúspide de la estulticia, Shirón se levantó a pronunciar el que sería su primer discurso como nuevo señor feudal. El ridículo se consumó. Las palabras brotaron como paridas a la fuerza. Sin coherencia. Atropelladamente. Sin contenido. Sin que siquiera tuviesen la pronunciación correcta. Y terminó diciendo que labor suprema de su reinado sería el atesorar los tributos

todos de vasallos y siervos, con el propósito de acrecentar hasta el infinito el poderío económico del reino. Los enanos volvieron a aplaudir.

Dueño de una fortuna considerable, cimentada en base a procedimientos dudosos y oscuros, Shirón se rodeó de un grupo de ancianos que reverenciaban en su persona el brillo dorado de su riqueza. Pero a más de torpe, Shirón resultó necio. Pensó que dirigir los destinos del reino, consistía en guardar herméticamente — bajo un millar de llaves — los tributos, impuestos, alcabalas de vasallos y siervos. Consideró un despilfarro, casi una profanación, arreglar desperfectos, resanar deterioros, ayudar a los humildes. Y todo en el reino se fue destruyendo.

Shirón se edificó un trono inaccesible, entre dos columnas. La una, con un globo terrestre como remate, para simbolizar el propósito de que un día no remoto, el pigmeísmo fuese la única fuerza directriz del universo. La otra, sosteniendo una esfera celeste. Esfera que simbolizaba la invocación a dioses pigmeos para que, mediante su auxilio divino, los enanos terrestres pudieran realizar sus ambiciones.

Divinizaron la estatura achaparrada. Era sacrílego ser un poco más alto que ellos. Decretaron el exilio, el destierro implacable para los adversarios del enanismo. Sólo aquellos que quisieron doblegarse o que cayeron de rodillas para identificarse en achaparramiento, fueron bien recibidos. Y entre todos formaron un coro de bufones y farsantes que únicamente se dedicaba a ensalzar la grotesca figura del Señor Feudal.

El reino se agrietó. Sus cimientos fueron debilitándose.

Un oropel barato enmarcó la inigualable vanidad de Shirón. Por propio decreto se otorgó facultades de omnipotente y omnisciente. Asumió el título de Supremo y Verdadero Hacedor del Mundo y de la Vida.

— Señor — le repetía su séquito en monótona y cansada letanía—: eres el más excelso de cuantos Emperadores hayan existido.

Incluso, se atrevieron a adjudicarle una estatura muy superior a su real estatura. Y Shirón el único, el magnífico, el impar, el inconmensurable, fue creando con su torpeza la ruina más estrepitosa que en toda su historia hubiese resentido el feudo.

Logró, sí, detener el tiempo. Decretó la inervolución de las cosas. Destruyó los relojes. Incendió los calendarios. Hizo imperceptibles hasta los cambios imperativos de la naturaleza.

Creó un vacío dentro del cual flotaban — como islotes perdidos en la inmensidad del océano y sin vinculación ni referencia con la tierra firme — su feudo y su vanidad. Y ese vacío y el congelamiento del tiempo, provocaron el más rápido e increíble envejecimiento de Shirón. Los siglos se acumularon en su cuerpo y, de ser creíble, en su espíritu. Su carácter se volvió cada vez más difícil. Y su despotismo le golpeó la bilis, dándole a la piel la horripilante pigmentación de un pálido amarillo.

Creyó, porque se lo coreaban sin descanso sus lacayos, que en efecto había crecido. Que sus músculos se estiraban, porque para él nada resultaba imposible. Perdió la proporción de las cosas. Y con la idea de que había superado el pigmeísmo, intentó descender del solio con majestuosa parsimonia. Con arrogancia. De pie. No deslizándose escalón por escalón, como lo hacen los enanos.

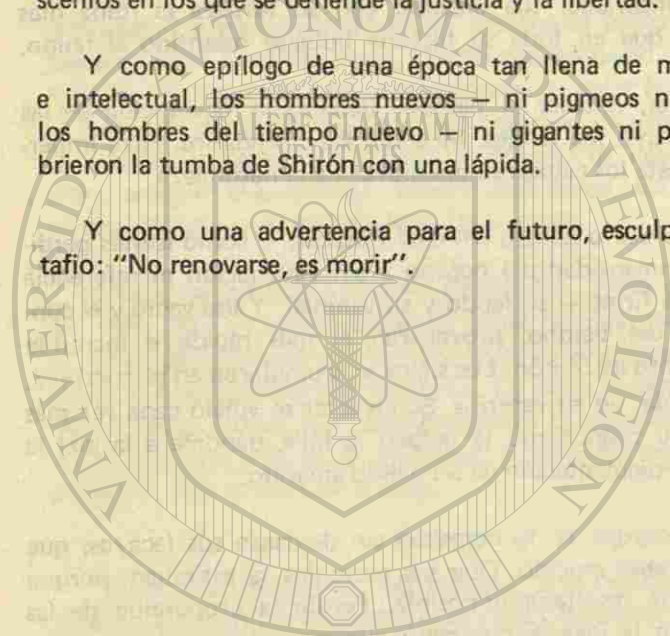
La caída fue inevitable. Sus huesos se quebraron, reduciéndose a polvo. Su corona se desparramó en brillantes pedazos. Su cuerpo se plegó tanto, que no fue sino un desordenado, asimétrico manojito de arrugas.

Nadie lloró su muerte. Tan pronto lo enterraron, sus anti-guos ensalzadores corrieron a saquear los tesoros del fallecido.

Después, los enanos huyeron hasta donde termina el horizonte, porque después de muerto Shirón, el tiempo se descongeló. Los cambios se sucedieron. Los exiliados retornaron con renovados bríos. La estructura agrietada del reino se resanó. Los cimientos fueron reforzados. La voz de la inquietud volvió a escucharse, estremeciendo las tribunas parlamentarias y los proscenios en los que se defiende la justicia y la libertad.

Y como epílogo de una época tan llena de miseria moral e intelectual, los hombres nuevos — ni pigmeos ni gigantes — los hombres del tiempo nuevo — ni gigantes ni pigmeos — cubrieron la tumba de Shirón con una lápida.

Y como una advertencia para el futuro, esculpieron el epitafio: "No renovarse, es morir".



Este libro se terminó de imprimir el 10 de marzo de mil novecientos ochenta y tres, en la Impresora Gralex, siendo su tiraje de mil ejemplares y sobrantes para reposición, en papel Cultural Ediciones y portada cartulina Clásico. La edición estuvo al cuidado de José Roberto Mendirichaga.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

RAMIRO ESTRADA SANCHEZ, originario de Concepción del Oro Zacatecas/Copartícipe del libro *Voces sobre Juárez*, volumen I, Procuraduría General de Justicia de la República, 1972/Autor de *La Parábola del Quijote*, recopilación de cuentos, ensayos y artículos publicados en diferentes diarios y revistas, 1979.

Colaborador, desde 1975, de la página editorial del diario regiomontano "El Porvenir."/ Autor de *Tiempo de Libertad*, novela, 1981.

